

RECONSTRUIR



Jacinto Cimazo

Las ideas libertarias: sus características y su vigencia.

Harvey O'Connor

La tragedia del petróleo latinoamericano.

S. D. Punekar

El concepto gandhiano de los problemas del trabajo.

Carlos M. Rama

La crisis uruguaya.

"Archivo"

Tres documentos.

"Antología"

Sindicalismo revolucionario y partidos políticos.

2

"Lo contemporáneo"

Rebelión y poesía.

RECONSTRUIR

revista libertaria
aparece bimestralmente

Buenos Aires - Montevideo
Septiembre-octubre 1959

Consejo de redacción:

Gerardo Andújar
Jorge Ballesteros
Carlos de la Reta
Jacobo Prince
Fernando Quesada

Administración:

Roberto Cúneo

RECONSTRUIR es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellos.

Suscripciones

simples:

Argentina y Uruguay
anual m\$n 60.—

Otros países

anual u\$s. \$ 1.—

de apoyo:

Argentina y Uruguay
anual m\$n. 100.—

Otros países

anual u\$s. 2.—

Valores y giros:

Editorial Reconstruir
Casilla de Correo 320
Buenos Aires
Argentina

G. Gatti
Casilla de Correo 1403
Montevideo
Uruguay

Impresa en la
Comunidad del Sur
Montevideo

Algo más sobre "Reconstruir"



Séanos permitido insistir, en este segundo número, sobre los propósitos que inspiraron la publicación de esta revista y sobre el modo con que entendemos cumplirlos, dentro de las limitaciones forzosas que toda realización supone en relación con los deseos y las aspiraciones de quienes la llevan a cabo. Y también, desde luego, con los medios de que disponen.

Dijimos que RECONSTRUIR, revista libertaria, no iba a ser un coto exclusivo sino que estaría abierta a diversas opiniones. E hicimos hincapié en la necesidad de un constante replanteo de los valores ideológicos, a la luz del desarrollo de las ciencias sociales, y, cabe agregar, a tenor de los acontecimientos que a nuestro alrededor se suceden con ritmo acelerado y que modifican con igual celeridad las condiciones de la vida de relación y de nuestra lucha por llevar esas condiciones al más alto nivel de libertad y de dignidad humanas.

Este enfoque, que excluye el temor a las herejías o las heterodoxias, implica la confrontación de distintos puntos de vista, el examen de hechos y fenómenos sociales desde diversos ángulos, e incluso la contradicción y la polémica. De ahí que en otras páginas aparezcan materiales que, de acuerdo con determinados puntos de vista, se prestan a esto último. No nos creamos obligados a compartir todas las opiniones que aquí se vierten. Tampoco hemos de complacernos en provocar la contradicción y la polémica por sí mismas. Queremos, sí, suscitar inquietudes y críticas constructivas en torno a los temas en debate y contribuir, en la medida de lo posible, a aclarar conceptos y posiciones capaces de constituir, eventualmente, normas eficaces para la acción militante, dentro del complejo y dinámico desarrollo de la sociedad en que vivimos.

Vayan estas someras consideraciones como respuesta a las sugerencias, observaciones, y críticas cordiales que han llegado hasta nosotros. En cuanto al "aspecto físico" de la revista decimos que nada es definitivo. Y menos RECONSTRUIR. Los tanteos son inevitables y los haremos. Con modestia. Pero también con optimismo. Lo único que pedimos a compañeros y amigos es que hagan el "acto de fe" indispensable en toda obra y que nos apoyen. Con críticas, sugerencias, y aportes constructivos. Todo sirve. Muchos nos han hecho llegar su adhesión y su simpatía. Es visible que, en un alentador número de casos, nuestra intención y nuestro esfuerzo han sido comprendidos.

LAS IDEAS LIBERTARIAS

sus características y su vigencia

por **Jacinto Cimazo**

Si fuera posible condensar en una brevisima síntesis los aspectos más relevantes del socialismo libertario, deberían reunirse pocas palabras para definir su interpretación de la vida humana, la sociedad, las instituciones, las costumbres y las tendencias, así como sus proposiciones para superar las condiciones y solucionar los problemas que atañen a la complejísima cuestión social.

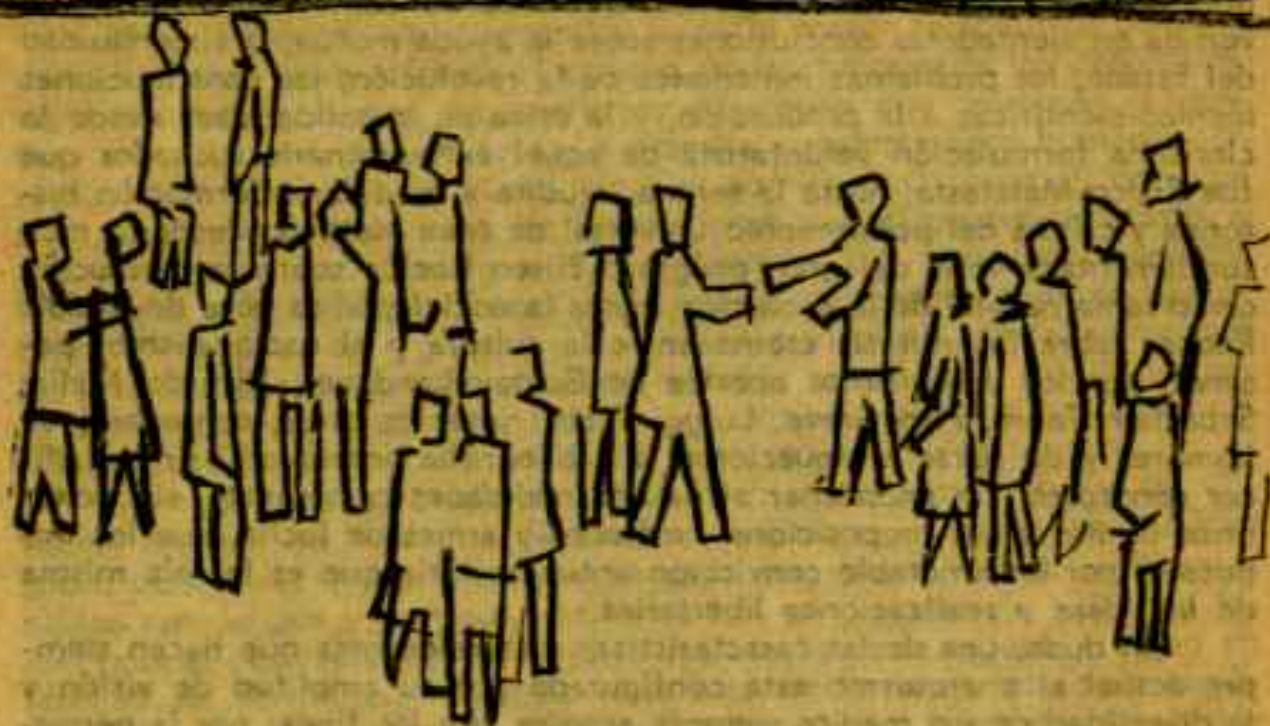
Por sus propias características, por sus fines, por su amplitud ideológica, por su multiplicidad en métodos de realización, por su integralismo crítico y constructivo, por su profundo humanismo extendido a los más diversos sectores, fenómenos e inquietudes sociales, por su naturaleza combativa y educativa, por la elasticidad de sus recursos de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar, vale decir, por su riqueza doctrinaria, metodológica y táctica, sería difícil concentrar en una simple fórmula una certera definición del anarquismo.

Lejos de ser un signo negativo —como muchos pretenden al objetarlo sin conocerlo— la imposibilidad de traducirlo en un esquema rígido, constituye una de sus máximas virtudes, pues sin incidir en la firmeza de sus principios básicos, esencialmente antiautoritarios, impide la dogmatización y el anquilosamiento, abriendo siempre caminos renovados a su afán creador, a innumerables experiencias, a campos de influencia que se amplían o modifican en la realidad ambiente, atrayendo y dando oportunidad de cooperar en el movimiento y en la lucha a hombres y mujeres de los más variados temperamentos, capacidades y vocaciones.

Métodos resultantes de la realidad social

De la crítica a una sociedad fundada en el privilegio económico, la opresión política, la superstición religiosa y la servidumbre moral, que son verdaderos diques opuestos a la tendencia humana hacia una vida más libre y digna, a la vez que fuentes de sufrimiento, esclavitud y destrucción, los grandes pensadores anarquistas extrajeron el material con que edificaron la doctrina revolucionaria contra todas las formas de autoridad y de injusticia, señalando rutas y medios para alcanzar un nuevo ordenamiento social.

Hurgando en la historia, buscando verdades entre las penumbras del pasado artificiosamente documentado por los defensores del privilegio, sacando a luz enseñanzas condenatorias para las instituciones opresivas, marcando a fuego las tremendas injusticias y ficciones del mundo en que vivían, con el pensamiento y el espíritu puestos en la prédica y en la acción progresista de esclarecimientos, forjando los unos sus obras —estudios, monografías, declaraciones, libros, etc.— en la fragua misma de los acontecimientos, combatientes y guías otros, filósofos o científicos, sociólogos o economistas, campeones de la insurgencia popular o periodistas de combate, tribunos u organizadores, hablaron en el lenguaje de su tiempo, pero proyectado hacia el porvenir; pisaron firme en la reali-



dad de su época, para intentar superarla, contribuyendo a ello directamente o sembrando para el futuro, y siempre captando la voluntad de los ansiosos de solución para la humanidad expoliada y sojuzgada por los poderes dominantes.

Para su impugnación de la propiedad privada, el poder estatal y la tiranía eclesiástica, el anarquismo fue incorporando caudales de argumentos filosóficos, económicos y éticos, recogidos en diferentes épocas a la luz, de sus condiciones particulares; fue trazando lineamientos generales de la sociedad libre de toda coacción material, intelectual o moral, tomando en consideración la naturaleza íntima del hombre, su búsqueda de libertad y bienestar, los avances prodigiosos de la ciencia y de la técnica, la voluntad de justicia que aflora en las conciencias rebeldes, en los seres que razonan y son sensibles al dolor de sus congéneres, las inmensas posibilidades de creación en comunidades formadas por individuos libres y solidarizados para una convivencia feliz.

Por diversas sendas, los precursores y los teóricos libertarios llegaron a idéntica conclusión fundamental: el Estado debe ser eliminado por su carácter opresivo y su ineptitud creadora, por las viejas o nuevas castas o clases enquistadas a su sombra; la explotación del trabajo humano debe extirparse para siempre: la sociedad debe organizarse sin poder político centralizado alguno, sin clases o castas privilegiadas por sus riquezas o por sus prerrogativas políticas. El socialismo sólo puede realizarse al margen de cualquier forma de Estado, por acuerdos libremente concertados, con organismos económicos, culturales y sociales vinculados fe-

derativamente, de abajo a arriba, administrados, orientados y coordinados por los propios interesados: productores, consumidores, científicos, técnicos, obreros, maestros, etc.

Desde la profunda brecha que abrió el pensamiento de William Godwin con sus "Investigaciones acerca de la Justicia Política", hasta la fundamental y señera obra de Pierre Joseph Proudhon, a cuyo pensamiento federalista vuelven hoy la mirada muchos desilusionados del estatismo; desde la filosofía sustancialmente libertaria y la lucha infatigable de Miguel Bakunin, hasta la investigación científica del sabio Pedro Kropotkin vertida en alentadoras conclusiones sobre la ayuda mutua, la superfluidad del Estado, los problemas inmediatos de la revolución, las contribuciones técnico-científicas a la producción, y la ética de la solidaridad; desde la clarísima formulación voluntarista de aquel extraordinario luchador que fue Errico Malatesta, hasta la serena, erudita y medular información histórica y crítica del pensamiento universal de Max Nettlau; desde la muy fundamentada tesis del gran geógrafo Eliseo Reclus sobre la revolución como rama natural de la evolución, hasta la enciclopédica obra de Rudolf Rocker sobre la antítesis eterna entre la cultura y el nacionalismo; pasando por los valiosísimos aportes de Gustav Landauer, Ricardo Mella, Sebastien Faure, Han Grave, Luigi Fabbri y tantos otros, centenares de hombres y de obras enriquecieron la bibliografía anarquista, sin petrificar conceptos, sin encadenar al pasado realidades cambiantes, sin poner otros límites a sus proposiciones, métodos y armas de lucha, que los impuestos por la inmutable convicción antiautoritaria que es la raíz misma de las ideas y realizaciones libertarias.

Sin duda, una de las características más relevantes que hacen siempre actual al anarquismo está configurada por su amplitud de visión y la diversidad de sus medios siempre acordes con los fines; por la permanente revisión de sus métodos a fin de disminuir el poder del Estado en tanto no pueda suprimirse, elevar la personalidad humana aun en medio de los escollos y las coacciones del ambiente, aproximar al pueblo a la meta ideal a través de conquistas y experiencias directas; por la adopción de formas de propaganda y de acción que se complementan en terrenos tan propicios como la lucha social, la educación, la realización de ensayos de vida comunitaria y cooperativa, abarcando campos tan vastos como el movimiento obrero y modos de proselitismo tan fructíferos como el destinado a cada individualidad; por su irradiación de ideas e influencias libertarias en todos los ámbitos sociales capaces de asimilarlas; por su preparación constante de la transformación social sin olvidar las cuestiones que requieren atención y solución inmediata; por su agilidad en las interpretaciones y formas de actuación cotidiana, sin aferrarse a dogmas ni prejuicios ante el tiempo que renueva las cosas sin anular jamás el ansia vital de la humanidad, tantas veces engañada y frustrada en sus esperanzas y aspiraciones.

Crítica y solución de sentido integral

Tomando al ser humano como centro de su investigación sobre las condiciones de su existencia en la sociedad, el anarquismo se distingue de las diversas corrientes filosóficas, escuelas y doctrinas económicas y políticas, por su concepción integral de la historia, las instituciones y las formas de convivencia social.

Arranca del conocimiento histórico del desarrollo de la sociedad;

analiza las condiciones fisiológicas, intelectuales y psíquicas del ser humano como complejo biológico; acumula antecedentes de períodos de avance y de regresión en relación con sus más probables causas determinantes; comprueba las consecuencias del fortalecimiento del poder económico o político y de la expansión de las diversas iglesias; reconoce las tendencias naturales del hombre hacia la libertad y las limitaciones y retrocesos resultantes de la explotación económica, la dominación política y la sujeción moral; contrasta el desarrollo científico y tecnológico con las penurias y miserias y con el atraso cultural de los pueblos.

En su búsqueda de diagnóstico y de la mejor terapéutica para los males sociales, lleva a fondo el estudio de las fuentes de los privilegios, los sistemas de gobierno, los conflictos y las crisis que condenan al hambre, a la angustia, a la matanza, a grandes conglomerados humanos, en medio de la opulencia de clases y castas dominantes; ubica al individuo y al pueblo en el cuadro de las instituciones que dicen representarlos y que les imponen obediencia a leyes elaboradas por presuntos mandatos conferidos a legisladores, jueces y guardianes del orden; pone en descubierto el carácter de regímenes que aumentan el poder estatal invocando los propósitos más opuestos, y aplica métodos racionales y científicos para dictaminar sobre los resultados de los distintos ensayos políticos y la influencia del ejercicio del poder en sus propios usufructuarios.

Sin caer en el error de atribuir a la criatura humana todas las virtudes, rechaza las hipótesis de cuantos justifican la inicua desigualdad social definiendo al hombre como cargado con malos instintos sólo aplacables con látigos y castigos, confiando en condiciones de vida que favorezcan el desarrollo de las mejores cualidades de la especie y dejen en libertad de acción sus energías creadoras; rechaza el fatalismo seudo científico del "materialismo histórico" marxista, su interpretación histórica insuficiente y forzada, sus métodos dirigidos a la conquista del poder, su involución hacia el despotismo más brutal en nombre de una falsa e imposible "dictadura del proletariado", o su neutralización —en la rama reformista y legalitaria— como fuerza renovadora, al participar en el juego político del capitalismo.

Observa, paso a paso, en nuestra época, la prevalencia de antiguos obstáculos para la felicidad del hombre, multiplicados ahora por el crecimiento de los recursos técnicos del Estado que, además de dotarlo de instrumentos represivos modernos de terrible eficiencia, le facilita procedimientos psicológicos de captación, mistificación y terrorismo, a veces muchos más eficaces que aquéllos para el sometimiento de los gobernados.

Para el socialismo libertario es fundamental encarar soluciones integrales. Lo impone la convicción plena de que el dolor universal que tiene su máximo exponente en las guerras modernas, no tendrá fin sin la extirpación de sus raíces, y que éstas están siempre vivas en la sociedad del privilegio económico y del poder estatal, en el mundo con fronteras políticas, viejos y nuevos imperialismos, bloques interestatales y carreras armamentistas. Sin perjuicio de mejorar en lo posible la situación ya mismo, su crítica y su propaganda tienden a capacitar a los pueblos para preparar y realizar el cambio de sistema, reconstruyendo la sociedad según principios y normas que anulen las causas del desorden imperante y posibiliten una convivencia sin coacción, sin temor, sin injusticias.

El veredicto confirmatorio de la experiencia

Para los sociólogos más liberales, el Estado resulta, a lo sumo, un mal necesario e insustituible. Para los que plantean el falso dilema de democracia o totalitarismo, en oposición al despotismo bolchevique, el socialismo se identifica con el Estado totalitario, por lo que no quedaría otra disyuntiva que conservar el "orden" actual capitalista para asegurar la libertad, cuyo custodio debe ser el Estado. Sin embargo ninguna escuela, doctrina o corriente sostenedora de la necesidad del Estado, ha podido resistir la prueba de su consistencia ante los fenómenos y desarrollos que demostraron y continúan probando la peligrosidad de cualquier forma institucional de poder político para los derechos humanos considerados primordiales en el mundo civilizado.

Por el contrario, el anarquismo puede señalar la confirmación de su crítica al autoritarismo "democrático" y a los diversos métodos de conquista del poder: de sus vaticinios sobre la caída en el despotismo de individuos, sectas, castas o partidos en todo ensayo dictatorial, aunque se proponga ser "transitorio"; de su interpretación del socialismo como inseparable de la anulación del poder estatal, para lo cual propone la solución del federalismo.

Muchos testimonios pueden ofrecerse para obtener un veredicto de los acontecimientos y de las experiencias. Señalamos algunos, para no extendernos en exceso en esta presentación de pruebas.

Se ha demostrado el fracaso del marxismo en sus distintas ramas, que si son divergentes en cuanto a los métodos para la obtención y el uso del poder, coinciden en la necesidad de conquistarlo para la realización del socialismo. Se ha puesto en evidencia el error fundamental del "materialismo dialéctico" y del "determinismo económico" como motor único de la sociedad. Se ha consumado la quiebra del internacionalismo proletario desde la gran prueba de la primera guerra mundial. Se ha desfigurado en forma monstruosa el socialismo en la Rusia bolchevique. Cayó el marxismo alemán por su propia impotencia, a pesar de los poderosos partidos socialdemócrata y comunista, al llegar Hitler al poder. Triunfó el fascismo en Italia por la falta de combatividad y espíritu revolucionario del partido socialista y su central obrera. Ha sido de lamentables consecuencias la incapacidad de los gobiernos socialistas y de las organizaciones sindicales dirigidas por ellos (un sólo ejemplo: la Revolución Española estrangulada, entre otros factores, por la falta de solidaridad de ese proletariado y por la política de "no intervención" iniciada por un gobernante socialista; la acción del proletariado hubiera evitado esa falsa "no intervención" y evitado la traición comunista en España).

Por otra parte, nadie podrá desmentir la evolución del Estado hacia el absolutismo totalitario o hacia una mayor incrementación de sus atribuciones, en las democracias; en una etapa histórica de confusión ideológica, demagogia planificada para captar y dominar grandes masas, destrucción sistemática de organizaciones y núcleos independientes, anulación franca o encubierta de libertades individuales, dirigismo y monopolio estatal en economía, finanzas, comercio, transportes, enseñanza, prensa, radiodifusión, arte, deporte, etc.

El proceso previsto por los libertarios se ha cumplido. En la pugna entablada entre los ex aliados de la segunda guerra mundial, en las coaliciones que se enfrentan en la llamada "guerra fría" en tanto se almacenan más y mejores armas nucleares y teledirigidas para la eventualidad

de otra crisis sangrienta, en el drama de un mundo donde campean en vasta escala el hambre y la subalimentación, el analfabetismo y la dependencia colonial, las dictaduras y los monopolios internacionales, las alianzas más vergonzosas (Estados Unidos y España Franquista, p. ej.), al lado del más siniestro imperio policial que pueda concebirse, bajo el total dominio de Moscú, y con todas las diferencias y distancias entre sistemas y posibilidades que es elemental reconocer, el Estado y el capitalismo han certificado las verdades de la crítica anarquista de manera irrefutable.

Soluciones realizables en el terreno constructivo

Contrariamente a lo que por ignorancia y por excesivo arraigo del mito estatista se imputa al anarquismo, los aspectos constructivos de la transformación social han merecido atención especial de los teóricos y propagandistas libertarios en todos los tiempos. Aún aquellos que inspirados por alto idealismo se manifestaron como los más optimistas, confiando en la espontánea capacidad creadora del pueblo una vez liberado de todos los yugos, propusieron medios concretos para encarar los problemas inmediatos que surgirían en un período revolucionario. Casi todos señalaron la necesidad de la mayor preparación posible del pueblo y la conveniencia de saber cómo se debía proceder durante el cambio social para asegurar su éxito, o su mayor avance posible.

Para los partidarios del Estado, la cosa resulta fácil. Precisamente el culto al poder, la creencia mesiánica en el gobierno, favorece la tendencia del menor esfuerzo, la inercia mental, la hipoteca del propio destino a cierto número de elegidos o de afortunados conquistadores del poder. El Estado lo hará todo. Y son sus ideólogos, quienes más reclaman "planes" y "programas" concretos a los anarquistas, afirmando la imposibilidad de un orden social que no tenga un poder dirigente, no obstante las desgraciadas experiencias del estatismo y la evidencia de que no se podrá nunca ganar la verdadera libertad mediante órganos de opresión y de privilegio.

Sería en verdad opuesto al espíritu libertario construir esquemas únicos con la pretensión de aplicarlos universalmente. Al señalar la necesidad de que en cada lugar se contemplen las características propias, se aprovechen ciertos organismos existentes y se estructuren otros nuevos para reorganizar la vida sobre bases libertarias, el anarquismo no confunde libre convivencia con caos, libre experimentación con supervivencia de sistemas de explotación o de acumulación de privilegios, coordinación impuesta por la técnica productiva con centralización autoritaria de tipo político, federalismo efectivo mediante la intervención directa de los interesados con gobierno y burocracia.

Sindicatos, cooperativas, consejos y comités de lugares de trabajo, colectividades agropecuarias, federaciones industriales, municipios, organismos relacionadores y de coordinación que respondan a especialidades y a zonas geográficas, asociaciones populares de la más variada especie pueden abarcar la más compleja organización social e impulsarla hacia formas cada vez mejores, perfeccionándose de acuerdo a los dictados de la experiencia misma.

Aunque no ha sido posible realizar ensayos en gran escala y durante largos períodos con carácter integral, y por cierto no por el fracaso de las experiencias mismas, el socialismo libertario ha probado su viabilidad,

su capacidad de realización, su practicidad y sus excelentes resultados en diversas oportunidades. Una documentación valiosa, que pueda consultarse en cualquier momento, aporta elementos de juicio a cuantos no se conformen con simples "slogans" estatistas y comprendan que nuevas formas económicas requieren para su realización nuevas formas políticas.

Esa verificación experimental se ha hecho y se sigue haciendo en numerosas asociaciones populares de gestión directa, independientes en absoluto del aparato estatal. Organizaciones de todo orden —en el mundo del trabajo, la ciencia, la cooperación, la ayuda mutua, el intercambio cultural, la lucha contra la enfermedad, etc.— actúan en cada país y se conectan internacionalmente sin intervención de los gobiernos. Y en cuanto a realizaciones de auténtico contenido revolucionario no faltan algunas que encierran lecciones imperecederas que podrían ayudar a los pueblos a orientarse en la lucha por un mundo mejor.

Citemos aquí la magnífica experiencia de la Ucrania rochnovista en los primeros tres años de la revolución rusa, cuando los campesinos organizaron sus comunidades sin dejar de combatir a muerte contra los ejércitos blancos, hasta que fueron traicionados y destrozados por las tropas del Ejército Rojo de Lenin y Trozky. Recordemos la etapa más positiva de la Comuna Húngara. Señalemos el espíritu libertario de las numerosas colectividades de Israel denominadas "kibutzim". Y digamos que allí donde el movimiento libertario demostró al mundo entero cómo se lucha por la libertad, en la España heroica del trienio 1936-39, también se realizó la más extraordinaria experiencia constructiva por los trabajadores industriales, por los campesinos, por los técnicos sumados a la causa del pueblo.

En plena guerra contra el fascismo internacional, y sufriendo las presiones y traiciones internas dirigidas y aprovechadas por la Rusia totalitaria, el proletariado salvó la economía de un verdadero colapso cuando el Estado se mostró impotente e inepto ante la sublevación militar que habría de llevar al poder al actual dictador Franco después de un espantoso sacrificio del pueblo Español. Una admirable red de Colectividades Campesinas, Industrias Socializadas, Municipios populados, Consejos y Comités Técnico-administrativos, Federaciones locales, comarcales, regionales y nacionales, en una multiforme experiencia impulsada por los anarquistas pero realizada por trabajadores de todas las tendencias, demostró que la comunidad libremente concertada, con la debida administración y coordinación, daba resultados excelentes al regirse por principios de solidaridad social, y que esa extraordinaria realización, cortada por la desastrosa culminación de la guerra, hubiera avanzado sin dificultades, superando sus propios errores sobre la marcha, dando a la humanidad un ejemplo único de ordenamiento social, auténticamente socialista, es decir, libertario.

Ideas para actuar hoy y preparar el futuro

Sin estridencias, sin declamaciones, sin invocar fórmulas hechas, los libertarios cumplen hoy su misión de impulsar las mejores inquietudes y de apoyar y estimular toda acción en defensa de la dignidad humana, cuya primer exigencia es vivir en libertad, en tanto difunden sus proposiciones para el cambio profundo inspirado en sus principios y en sus métodos.

La tragedia del petróleo latinoamericano

Harvey O'Connor

O'Connor, autor del conocido libro "El Imperio del Petróleo", está escribiendo un segundo volumen dedicado especialmente al problema petrolero en el Medio Oriente y en Latinoamérica. Hace poco regresó a los Estados Unidos de una gira de cuatro meses por los países sudamericanos, donde se entrevistó con numerosos expertos en este candente problema. El artículo que nos ha enviado especialmente, y que ya apareció en los Estados Unidos ("Monthly Review", junio 1959), es una primera impresión de ese viaje.

Las compañías petroleras internacionales han aprovechado la crisis económica de Latinoamérica para eliminar la amenaza que sobre su dominio universal pesa a causa de la ola exitosa de nacionalización de las empresas petroleras.

Para eludir la protesta de que el frío imperialismo de los Estados Unidos está aplastando un promisorio desarrollo económico, las grandes compañías petrolíferas se están sirviendo del Fondo Monetario Internacional. Detrás del escudo de esta oficina de las Naciones Unidas, nacida en Bretton Woods, allá en el año 1945, el "cartel" internacional está destrozando las sensacionalmente exitosas compañías petrolíferas nacionales de Argentina y Bolivia. Su próximo objetivo es Brasil, potencialmente el más promisorio de todos los países al Sur de Venezuela, en lo que respecta a petróleo.

Todos los países de América Latina, con la excepción quizás, de Venezuela, están en crisis económica. Sus materias primas —estaño, plomo, cobre, azúcar, cacao, carnes, lana, cueros— son exportados a bajos precios para alimentar a las naciones occidentales altamente industrializadas; a su vez deben comprar maquinarias y productos industriales de los que necesitan, a Occidente, que los suministra a precios de monopolio. Con este procedimiento se desangran económicamente. Desesperados acuden al Fondo Monetario Internacional en busca de ayuda, de créditos para pagar sus deudas a Occidente. Los directores del Fondo, desde sus oficinas en Washington, envían equipos de expertos para aconsejar a los latinos, arruinados por la codicia de Occidente, cómo hacer para sobrevivir.

El consejo del Fondo Monetario siempre es "austeridad". Esto se logra nivelando el presupuesto a expensas de la salud, bienestar y educación, "ajustando el cinturón" alrededor de ya delgados estómagos, elevando bruscamente los precios de los alimentos a fin de bajar el consumo (un procedimiento mucho más cruel de lo que los bien alimentados aquí en los Estados Unidos puedan realmente imaginar). ¿Y hay alguna esperanza potencial de bienestar con este procedimiento? Los agudos expertos del Fondo Monetario pueden oler petróleo a diez mil pies

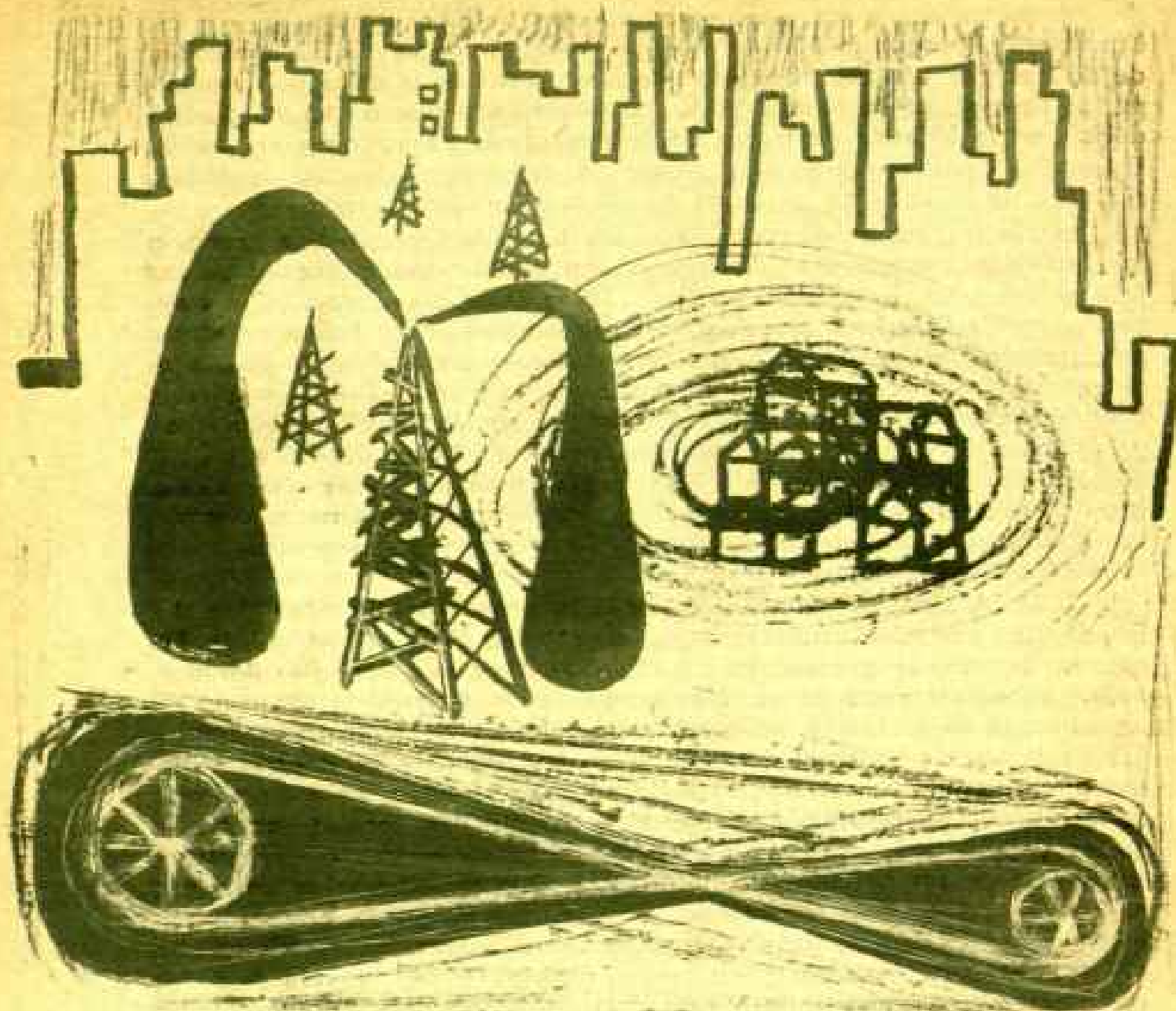
bajo tierra. El, debe ser explotado inmediatamente, y se imaginarán por quién.

I

De ninguna manera se puede creer que el trabajo de los expertos del Fondo Monetario es fácil. Trabajan mucho para realizar sus milagros económicos. Consideremos la Argentina, por ejemplo. Es un país en típica bancarrota; un peso que en un tiempo valía 42 centavos de dólar ahora sólo vale 1 centavo y medio. Esto es resultado principalmente de una economía desventajosa —carnes, cueros y granos vendidos baratos, mercaderías importadas a alto precio— sin mencionar la desastrosa administración de la dictadura de Perón. Los argentinos desean el standard de vida que ven en las películas de Hollywood y les molesta mucho el hecho —tan desconcertante a la candidez de los economistas imperialistas— de que la carne argentina sea más barata en Gran Bretaña que en la Argentina. El pueblo, bastante culto, conoce los goces de un elevado standard de vida y ésto es un problema bastante arduo para los expertos del Fondo Monetario. Es fácil prescribir la receta, pero es más difícil hacer que el paciente tome la medicina.

De qué manera el Fondo Económico, en representación de las compañías petroleras internacionales y el Departamento de Estado, obliga al paciente a tragar esa medicina sin vomitarla, debe considerarse como una de las clásicas operaciones del siglo. Después de diez años de peronismo, el pueblo argentino se encontró en 1955 con una cierta libertad, cuidadosamente administrada por una junta militar. Vino luego el momento en que se permitió al pueblo votar por un candidato de su preferencia. ¿Quién más apropiado que el doctor Arturo Frondizi, un elocuente opositor al imperialismo yanqui, autor de "Petróleo y Política", un brioso ataque a las operaciones del trust petrolero internacional? Su ardiente folleto "La lucha anti-imperialista", fué el slogan de una campaña realizada bajo las banderas de la Unión Cívica Radical Intransigente. El doctor Frondizi recibió votos no sólo de su propio partido, sino también de los "justicialistas" peronistas, quienes no pudieron acudir a la elección con candidatos propios, y de los comunistas. Triunfó por amplia mayoría; lo que no es muy conocido es que Frondizi, durante su campaña electoral para la presidencia, conferenció secretamente con representantes de las compañías petroleras estadounidenses sobre los términos en que entregaría las riquezas subterráneas a las mismas.

Una vez ganadas las elecciones, y apoyado por las bayonetas de los mimados oficiales del ejército, el paladín del anti-imperialismo firmó contratos con una docena de compañías petroleras extranjeras, entregándoles por veinte a cuarenta años reservas petroleras exploradas, así como una gran cantidad de tierras potencialmente ricas en petróleo. También inauguró una campaña de "austeridad" que ha llevado los precios de la carne, pan y otros artículos de primera necesidad por las nubes. En retribución, el Fondo Monetario, el Export - Import Bank, la Tesorería de los Estados Unidos y varios bancos de Wall Street prestaron a la Argentina 329 millones de dólares. Pero ni un centavo de estos millones llegará a Buenos Aires. Son tan sólo millones en cuenta corriente, transferidos en Nueva York de una columna a otra del libro mayor: nuevos préstamos para pagar viejas deudas.



Para la mayoría de los argentinos es imperdonable que Frondizi haya hecho entrega a compañías extranjeras de vastas reservas petroleras listas para la explotación, porque no ocurre que la Argentina no sepa nada de sus recursos y no pueda desarrollarlos. Ya en 1907, buscando agua en el desierto patagónico, descubrieron lo que son ahora los yacimientos de Comodoro Rivadavia, los más grandes del país. Desde entonces Yacimientos Petrolíferos Fiscales (compañía petrolera del Estado, conocida como YPF) fué creada. Algún tiempo después, la producción de gas fué transferida a Gas del Estado. El genio que logró que la Argentina produjera petróleo fué el general Enrique Mosconi, un temprano apóstol de la explotación de los recursos nacionales por los argentinos. A través de todas las variaciones de la política argentina, YPF ha conseguido aumentar su producción, explotando importantes nuevos yacimientos cerca de la frontera boliviana y al pie de los Andes. Esa es en realidad la dificultad: la Argentina sufre no tanto de la falta de petróleo como de su abundancia, la que atrae la codicia de los trusts internacionales.

En la era financiera de Perón, YPF no pudo financiar la construcción de oleoductos desde los nuevos yacimientos a Buenos Aires; y eso es, brevemente, porque la Nación está gastando alrededor de 250 millones de dólares por año para importar petróleo. Esta es la cifra que los expertos financieros de Nueva York observaron. Era más o menos igual al déficit en la balanza de pagos de la Argentina. La solución era obvia. Entregar el petróleo argentino al capital extranjero para un desarrollo rápido, y la balanza de pagos se equilibraría en pocos años.

Había un inconveniente, y era que tanto la Constitución como la ley prohibían concesiones petroleras extranjeras, y que el pueblo no era favorable a éstas. Precisamente, Perón había caído cuando en 1955 trató de dar media Patagonia a la Standard Oil de California; hasta su propio partido se le dió vuelta. El presidente Frondizi cortó el nudo gordiano, firmando, no concesiones, sino contratos con la Standard de New Jersey, Shell, Standard de Indiana, Unión Oil (y aún con la Casa de Banca Leob y Rhoades de Nueva York), por períodos que iban de los 20 a los 30 años. El petróleo se vendería a YPF, preservando así en algo la ficción legal de que tanto YPF como la ley de nacionalización serían respetados. Los contratos estipulan una variada escala de pagos, tan complicada que rechaza cualquier análisis detenido.

Julio V. Canessa, que era hasta hace poco presidente de Gas del Estado y en varias oportunidades fué director de YPF, estimó que la Argentina, construyendo oleoductos y explotando yacimientos ya explorados, podría autoabastecerse de petróleo en tres años. Calculó la inversión en un billón de dólares, que, amortizado en veinte años, elevaría la suma a 1,78 billones de dólares. También ha calculado que los contratos firmados con empresas extranjeras lograrán igual objetivo, pero a un costo de 7 billones de dólares, de los cuales 1,6 billones como inversión de gastos y 5,44 billones como beneficios a las compañías extranjeras, a entregarse en un período de veinte años. Que su estimación del costo para lograr el autoabastecimiento de su país a cargo de empresas extranjeras es exacto, lo confirma un informe aparecido en "Petroleum Week" en su número del 1.º de mayo último (1959), donde dice que un contrato, de los menos importantes, recientemente firmado, "vale 50.000.000 U\$d."

Y no puede calcularse en dólares y centavos, me dijo Canessa en Buenos Aires, la desmoralización que ha cundido entre los técnicos y obreros de YPF y Gas del Estado.

Con el plan de Canessa, con su programa de un rápido desarrollo, la Argentina habría contratado servicios libremente con varias empresas americanas y europeas que se especializan en explotaciones petroleras. Es conocido que la ENI, la empresa petrolera estatal italiana, inició conversaciones con Frondizi, cuando éste se hizo cargo del gobierno, con un ofrecimiento distinto, por el cual se establecía una compañía italo-argentina mixta, similar a las establecidas por ENI en Egipto y Persia. Pero ENI, ingenuamente, llegó demasiado tarde: las compañías estadounidenses habían logrado su objetivo varios meses antes.

Solamente una dictadura, bajo un disfraz democrático, pudo lograr la desnacionalización del petróleo argentino. Frondizi no se atrevió a hacer ratificar los convenios por el Congreso, a pesar de tener su partido la mayoría en ambas Cámaras. Cuando la Federación de Obreros del

Petróleo declaró una huelga en defensa de YPF, Frondizi hizo intervenir al Ejército, ocupó las centrales obreras y encarceló a los dirigentes. La prensa estadounidense explicó este rudo ataque diciendo que los petroleros eran "peronistas y comunistas"; la verdad es que son gremialistas que luchan por el interés del país y que representan los sentimientos de la mayoría del pueblo argentino.

Los convenios pueden resultar, al final de cuentas, no más valiosos que el papel en que están escritos. Los enemigos de Frondizi han declarado que son nulos, y han advertido públicamente a las compañías extranjeras que esas hojas de papel serán rotas tan pronto como Frondizi caiga. Y ese es el enigma de la cuestión: ¿cuánto durará Frondizi? El ha cuidado de ser generoso con los sueldos de los militares. Lo respaldan los grandes bancos de Buenos Aires, los importadores (un sector político de mucha mayor importancia que en los Estados Unidos), los terratenientes, los grandes industriales, Wall Street y el Departamento de Estado. Tiene en contra, a la mayoría del pueblo.

En elecciones provinciales últimas, la UCRI obtuvo menos del 30 % de los votos, y de ninguna manera puede decirse que la mayoría de ese partido esté de acuerdo con la desnacionalización del petróleo. Bastante cínicamente, los observadores han estado diciendo que Frondizi sólo se puede salvar si se pone "fuerte", verbigracia, haciendo un gobierno antidemocrático, apoyado en el ejército. En esta triste situación, aquellos que recuerden las lágrimas derramadas por el "New York Times" y otros campeones de la libertad de prensa sobre el triste destino de "La Prensa", el principal diario de Buenos Aires, en los tiempos de Perón, podrán notar ahora que "La Prensa" nada dice sobre la supresión de los diarios peronistas y comunistas de la Argentina, ni el "New York Times" ha gastado una gota de tinta al respecto. La libertad de prensa puede ser una cosa relativa.

II

Bastante diferente, pero al final con los mismos resultados, es la situación en Bolivia. El detalle importante en este país ha sido el extraordinario éxito de los YPF Bolivianos, la compañía petrolífera del Estado, que cambió al país en pocos años de importador a exportador de petróleo. El petróleo es algo que está muy adentro del corazón del pueblo boliviano a causa de la sangrienta guerra del Chaco. Esta sangrienta lucha en la jungla tuvo lugar, por lo menos así lo cree la mayoría de los bolivianos, porque la Standard Oil quería explotar el Chaco bajo un amistoso gobierno paraguayo. De la derrota y pérdida del Chaco en esta guerra, resultó la expropiación de la Standard Oil y el nacimiento del Movimiento Nacional Revolucionario, que llegó al poder en 1952, expulsó del país a los barones del estaño y terratenientes, suprimió el ejército y organizó las milicias campesinas y obreras.

De todo esto podría deducirse que en el futuro las compañías petroleras extranjeras no lograrán una penetración. Pero actualmente algo más de la cuarta parte del territorio nacional les ha sido entregado, abarcando yacimientos explorados por YPF y otros vírgenes. Ese notable hecho, quizás más increíble que el saqueo de las riquezas petrolíferas argentinas, quedará como un monumento a la astucia de Mr. Henry Holland, cuya reputación de "genio del mal" de América Latina es evi-

dentamente muy merecida. Mr. Holland, que fué subsecretario del Departamento de Estado para la América Latina en el tiempo de Dulles, hizo todo lo que le fué posible en favor de los intereses petroleros, y recientemente renunció a su cargo para convertirse en un "diplomático privado" del petróleo. Se dice en la Argentina, posiblemente con conocimiento de causa, que Mr. Holland colecciona presidentes latinoamericanos, tal como algunas personas coleccionan estampillas. Ha tenido, por supuesto, gran ayuda, tanto en la Argentina como en Bolivia, de la constelación financiera vinculada al Fondo Monetario Internacional. Bolivia es un país desastrosamente pobre, que compite con Haití por la última posición en la escala del ingreso anual per cápita con 60 u\$d. Sus minas de estaño son profundas y están agotadas, y el pueblo necesita de la hoja de coca para narcotizar su dolor, hambre y frío. El gobierno, también, es terriblemente pobre y tiene gran necesidad de dinero. ¿Y dónde puede encontrarse dinero, fuera de Wall Street? Mr. Holland tenía la respuesta lista para las necesidades de Bolivia: entregar la única fuente del país realmente valiosa, el petróleo, y así se hizo.

Quizás el presidente Hernán Siles Zuazo tiene algún apoyo popular para su política petrolera, tal como el presidente Frondizi, pero en el estado de la política boliviana es imposible hacer un cálculo real al respecto. La Federación de Obreros del Petróleo, los estudiantes y posiblemente la gran mayoría de los intelectuales del país están firmemente en contra de la entrega del petróleo boliviano, pero el país está tan en crisis y bancarrota (el peso boliviano se cotiza a razón de 12.000 por un dólar), que algunos justifican el trato del presidente Siles con el diablo.

III

Alentados por sus victorias sobre los pueblos argentino y boliviano, las compañías petroleras extranjeras están concentrando sus esfuerzos sobre Brasil, y con buenas razones. Brasil tiene la mitad de la superficie, población y recursos de la América Latina, un valioso premio para Mr. Holland y sus clientes. Allí está Petróleo Brasileiro (Petrobras), otra próspera empresa petrolera estatal, orgullosa de sus éxitos y de su potencial, y confiada en que el Amazonas entregará las riquezas que parece encerrar en su enorme cuenca.

Brasil, como el resto de la América Latina, está en crisis. Su balanza de pagos, igual que la de los otros países latinoamericanos, da un desastroso saldo en contra; el café está barato en el mercado internacional, mientras que los productos que Brasil necesita están altos. Y aquí nuevamente intervienen el Fondo Monetario Internacional, el Export-Import Bank, el Banco Mundial, Wall Street, todos dispuestos a matar y con Petrobras como víctima elegida.

Pero Brasil es grande (más grande que los Estados Unidos sin Alaska), tiene una grandeza en erupción (su frase favorita: "las tres potencias mundiales en los próximos cuarenta años serán los Estados Unidos, Rusia y Brasil"), y es un país tan complejo que los contrastes raciales, económicos y sociales son mayores que los existentes entre el Norte y el Sur en los Estados Unidos. Y Brasil ha sido "un hueso duro de pelar". La bufonada de ópera que rodeó el nombramiento y renuncia de Clare Boothe Luce como embajadora en Río de Janeiro oscureció el enorme deseo de Eisenhower-Dulles de colocar a la reina del "Time"-**"Life"**

"Fortune" en tan importante embajada. Quizás sin darse cuenta, el senador Morse salvó la vida de Petrobras, o por lo menos la prolongó por algunos años, porque indudablemente la esposa del principal propagandista de prensa de los Estados Unidos pudo haber ejercido una inmensa presión a favor de las compañías petroleras por cuya grandeza tan arduamente lucha Luce.

A causa de la enorme extensión y variedad de Brasil, es difícil encontrar fuerzas de unificación dentro del país. El movimiento obrero está poco desarrollado, los campesinos desunidos y la comunidad financiero-industrial, aunque poderosa, todavía carece del prestigio de que goza en Estados Unidos. Así, el ejército y los estudiantes se han convertido en las fuerzas dominantes del nacionalismo. De esto ha resultado el curioso espectáculo de ver coroneles y generales que apoyan al Brasil, mientras que la casta terrateniente-importadora-exportadora adora al Vellozino de Oro. Así es cómo Petrobras, una empresa petrolera, tiene como gerentes a coroneles, coroneles de civil, es verdad, con poco aire militar mientras desempeñan su tarea, tanto en las oficinas de Río, como en las refinerías o yacimientos petrolíferos. Y están apoyados por los estudiantes, quienes serán más adelante los profesionales y técnicos de la Nación.

Petrobras tiene sus problemas. El más importante es que todavía no ha localizado el petróleo que se presume yace en los ricos depósitos de la cuenca del Amazonas. Así que Petrobras contrató al principal geólogo de la Standard Oil, pero él tampoco pudo localizarlo. Una tarea similar a la de encontrar una aguja en un pajar, considerando lo vasto e impenetrable que es el río más grande del mundo. La zona accesible de Bahía, en la costa de Brasil, tiene otro problema peculiar: produce una parafina cruda que por una razón u otra, las refinerías construidas por empresas de los Estados Unidos para Brasil, no están equipadas para refinar. Entonces Brasil debe vender su petróleo crudo al extranjero a bajo precio, debiendo pagar en cambio a las compañías foráneas alrededor de 250.000.000 de dólares para importar petróleo refinado.

La situación se presenta favorable para las empresas petroleras extranjeras. El país está en una situación difícil; el saldo desfavorable de la balanza de pagos puede atribuirse principalmente a las importaciones de petróleo (pero, ¿por qué necesariamente a importaciones de petróleo y no, por ejemplo, a importaciones de artículos suntuarios para las clases superiores?); Petrobras no ha podido poner en explotación nuevos yacimientos. Entonces, "dejad a los entendidos encontrar el líquido preciado". Petrobras está en situación difícil, con la presa comercial aullándole "Fracaso". El presidente Juscelino Kubitschek está deseoso de unirse a la gloria de Petrobras, si es que hay alguna; pero, por otra parte, si los tiburones del petróleo piden una víctima, bueno...

IV

La próspera empresa petrolera nacional chilena es mirada también con codicia por los intereses petroleros foráneos. Por lo menos no hay engaño en sus maniobras con el presidente Jorge Alessandri, quien hizo una campaña electoral tipo "Eisenhower" y en su plataforma estaba sacar a los malandrines de los cargos públicos, equilibrar el presupuesto y practicar la austeridad. Es verdad que sólo obtuvo 30.000 votos más que el candidato opositor izquierdista, y alrededor del 30 % de los su-

fragios emitidos, y es así cómo el país no fué muy sorprendido cuando el presidente Alessandri pidió poderes extraordinarios para poder llevar a cabo los mandatos del Fondo Monetario Internacional y de otros guardianes neoyorkinos de la seriedad financiera.

Además de cobre y nitratos, Chile tiene petróleo en su parte septentrional de Tierra del Fuego. La Empresa Nacional de Petróleo (ENAP), la primera en explorar y explotar los yacimientos, está ampliando una refinería cerca de Valparaíso y está buscando nuevos yacimientos. La empresa es un éxito desde todo punto de vista, pero los expertos monetarios de Nueva York, sobre los que influyen las compañías petroleras de los Estados Unidos afirman que carece de los elementos adecuados para localizar más petróleo. Sólo los yanquis pueden encontrar más, a lo largo de los Andes donde del otro lado están explotando los yacimientos argentinos. En Santiago se sospecha que los poderes extraordinarios del presidente Alessandri serán usados para dejar sin efecto las leyes petroleras y que se organizará una compañía mixta chileno-americana para la explotación petrolífera.

V

Puede perdonarse la indignación de los latinoamericanos respecto a la afirmación de que sólo los yanquis pueden encontrar petróleo y de que sólo ellos tienen los recursos necesarios para tal fin. En Argentina y Chile, las empresas nacionales descubrieron el petróleo y fueron aptas para refinarlo. Porque la industria, gracias al cartel mundial, es inmensamente próspera, las empresas nacionales han podido desarrollarse económicamente gracias a sus propios recursos. Donde son insuficientes, es factible conseguir préstamos, como ha hecho Petróleos Mexicanos. Y allí donde una extensa exploración requiere equipos y técnicos que superan la capacidad de la empresa estatal, siempre es posible que el trabajo sea hecho por una de las numerosas compañías americanas que se especializa en esa clase de trabajo, bajo la forma de locación de servicios.

Uno podría preguntarse si alguien fuera del continente está en condiciones de prestar ayuda técnica a los países sub-desarrollados, pero dichas especulaciones pueden conducirnos a zonas prohibidas, considerando como tales a los reiterados ofrecimientos de la Unión Soviética, Rumania, Polonia y Checoslovaquia, deseosos de dar una mano. El bloque de países del Este están ya ayudando a la India a buscar petróleo y a construir refinerías, y entregando equipos petroleros que provienen del Hemisferio del Este. Las condiciones estipuladas son tan atrayentes que hacen brillar los ojos de los petroleros latinoamericanos, pero los gobiernos encuentran peligroso aceptarlos. La América Latina está demasiado en la órbita del Tío Sam. Y como dicen al Sur del Río Grande: "¡Pobre México, tan lejos de Dios, tan cerca de los Estados Unidos!".

VI

En Colombia la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol), se hizo cargo de la concesión de la Standard Oil De Mares, al expirar la misma en 1951, y ha desarrollado unos yacimientos agotados. La refinería que integraba la concesión fué arrendada nuevamente a la Standard mediante un extraño convenio que permite a la Compañía vender a Colombia productos petroleros a precios de venta de Texas. Lo que significa

que los colombianos deben pagar a 3 dólares los productos del petróleo crudo, cuyo costo originario es de 40 centavos de dólar.

Las fuerzas colombianas favorables a la nacionalización están exigiendo que finalice el convenio sobre la refinería, que no se otorguen nuevas concesiones, y que se capacite a Ecopetrol para ampliar sus operaciones. El gobierno, una alianza poco cómoda de los partidos Conservador y Liberal, enemigos acérrimos, en cuya lucha por el poder han muerto unas 300.000 personas en los últimos diez años, teme molestar a las enquistadas empresas extranjeras. Todos están convencidos de que si Colombia ejerce sus derechos de soberanía, perderá el mercado estadounidense del café.

En el Perú, la Standard tiene la gran concesión petrolera de Talara y está adquiriendo en la vecina Ecuador el control de los principales yacimientos. Las posesiones ecuatorianas son notables por ser los únicos yacimientos petrolíferos en la América Latina que son propiedad directa y no concesión de las compañías extranjeras. Parece que el Rey de España, allá en el año 1600, otorgó estas tierras a uno de sus cortesanos; de alguna manera fueron a mano de una empresa británica en el siglo XIX y ahora están en poder de la Standard.

Uruguay es el caso único en América Latina en la que la ANCAP (Administración Nacional de Combustibles, Alcoholes y Portland) refina todo el petróleo importado. Pero a igual que en todos los países sudamericanos, la mayor parte del comercio de ventas es realizado por empresas extranjeras, una rémora del siglo XIX, cuando no se extraía petróleo en ninguno de esos países.

VII

De todos los países al sur de los Estados Unidos, México es el único en el que la empresa estatal es la que tiene el monopolio de la explotación, refinación y venta de petróleo. Desde 1938, en que se expropiaron empresas extranjeras, Petróleos Mexicanos (Pemex) ha demostrado que una compañía estatal puede hacer frente a las dificultades técnicas de la industria, tener ganancias y aumentar su expansión. Además, ha contribuido en mucho al extraordinario desarrollo industrial de México entregando productos a precios muy por debajo de los fijados por el "cartel" mundial. Mediante empréstitos concertados en Nueva York, está actualmente financiando la construcción de un gasoducto desde el nuevo yacimiento de gas de Tabasco hasta la muy poblada meseta central, y está financiando otras expansiones por medio de préstamos europeos. Estas transacciones establecen que no habrá pagos en petróleo mexicano. No importa cuál sea el eventual efecto de éstos y otros acuerdos concertados entre la República y Wall Street. Tales préstamos los pudo haber logrado en la Argentina YPF, de no haber decidido el Fondo Monetario Internacional y el Departamento de Estado que la Argentina tiene demasiado petróleo para su propio bien.

En México, como en todas partes, los reaccionarios locales se unen al capital foráneo en un incesante ataque contra la idea de una compañía petrolera estatal. La última oferta es que la Standard, la Shell y el resto, aporten capitales a Pemex a fin de ampliar su capital social. "Si el camello logra meter su nariz adentro de la carpa" (traducción literal), de hacerse así, será la sentencia de muerte de Pemex, el principal expo-

nente de las compañías petroleras estatales latinoamericanas. En esta coyuntura, justo cuando el gobierno mejicano está eliminando las fuerzas renovadoras de la podrida burocracia del movimiento obrero, los amigos de Pemex tienen razón para alarmarse.

VIII

Última en esta revista, pero por mucho más importante, está Venezuela, que produce tanto petróleo como cuatro veces el total del resto de los países de la América Latina juntos. Este país no tiene ninguna empresa nacional, aparte de un promisorio comienzo en petroquímica. Pero los partidos mayoritarios están de acuerdo en que tal empresa debe organizarse con el monopolio del mercado local. El presidente Rómulo Betancourt, al igual que el presidente Frondizi, ha escrito su "Política y Petróleo", que es también un gran ataque a la política desarrollada por el "cartel" mundial. Hasta ahora no le ha dado la espalda a su propio libro; pero mientras el "cartel" mundial siga controlando la mayoría de los Mercados, Venezuela seguirá prisionera en el imperio del petróleo, y su producción y precios, con los que logra sus principales recursos, determinados no en Caracas, sino en el Rockefeller Center.

IX

La principal impresión, al término de una excursión de cuatro meses por las tierras del sud, es la gran confianza, devoción y competencia demostradas por aquellos que dirigen e integran el personal de las empresas petroleras estatales. En esta industria, más adelantada que cualquier otra, los administradores, ingenieros y técnicos latinoamericanos han demostrado su gran habilidad. En número creciente se están graduando en sus propias universidades, aunque la mayoría de los que ocupan los cargos más altos ha estudiado en los Estados Unidos. Lo más curioso es que estas empresas estatales gozan de una reputación de honestidad y capacidad en países donde la corrupción gubernamental es un hecho común, donde la mayoría de la gente, sea de clase alta o baja, mira a sus gobiernos cínicamente. La queja de que las empresas estatales son burocráticas, ineficientes, y quizás corruptas, es considerada en lo que respecta al petróleo como una exageración interesada.

Son trágicas las dificultades impuestas a esos hombres por la presión constante de la reacción. Acosados en todo momento por el fantasma de la presión de las grandes compañías norteamericanas, de Wall Street y del Departamento de Estado, dificultados sus esfuerzos para alcanzar la independencia económica, y amenazada la existencia misma de las empresas que ellos dirigen. Si esos hombres parecen ser "extremistas", lo son en el sentido de su patriotismo. Han sido forzados a pensar no sólo como técnicos sino también como ciudadanos; su nacionalismo es un reflejo del "internacionalismo" de sus enemigos.

Finalmente, se ha dicho que Latinoamérica necesita perentoriamente una revolución social. Lo que no quiere decir una revolución necesariamente de tipo marxista, porque no existen fuerzas para tal empresa, sino una común revolución burguesa de viejo cuño, para limpiar la coalición de terratenientes-importadores que mantienen a Latinoamérica atada a los siglos XVIII y XIX y facilitan al imperio la succión de la sangre del continente.

El concepto gandhiano de los problemas del trabajo

por **S. D. Punekar**

El autor de este artículo, que resalta inteligentemente dos muy útiles compilaciones de las ideas económicas gandhianas, es profesor del Instituto de Ciencias Sociales Tata, de Bombay, India.



El trabajo debe ocupar la misma posición de dignidad que el capital. — **Gandhi.**

A Gandhi bien puede llamársele uno de los más grandes líderes sindicalistas de la India moderna. Su concepto de los problemas del trabajo era completamente nuevo y de refrescante humanidad. Gandhi tenía opiniones precisas sobre problemas tales como la fijación y regulación de salarios, la organización y funciones de los sindicatos, la necesidad y conveniencia de los convenios colectivos, el uso y abuso de las huelgas, la indisciplina en el trabajo, la participación de los obreros en la gestión de las empresas, las condiciones de trabajo y de vida, la legislación obrera y los deberes de los trabajadores. Muchas de sus ideas fueron puestas en acción, principalmente por medio de la Asociación de los Trabajadores Textiles de Ahmedabad, un experimento único y exitoso en el sindicalismo gandhiano.

En la actualidad se verifica cada vez más la necesidad de estudiar las ideas de Gandhi sobre temas industriales y sindicales a medida que en la India vamos progresando en el camino del desarrollo económico. La realización de los Planes tiene como objetivos el aumento de la renta nacional, la industrialización rápida, el logro de nuevas posibilidades de empleo, la reducción de injusticias en las ganancias y la mejor distribución del poder económico. De modo que esa realización ha originado nuevos y complejos problemas laborales que no pueden resolverse por el sistema tradicional o clásico por el que se aboga o por el que se optó en los países occidentales industrializados. A raíz de nuestra particular estructura social y económica, la naturaleza de dichos problemas resulta distinta en un país pre-industrializado como es el nuestro, donde la mano de obra es barata y el capital escaso, de modo que debemos buscar una solución en otra parte. Autóctono en su origen, el planteo gandhiano demostró su éxito cuando fue puesto en práctica en Ahmedabad. Su extensión a la nación entera podría resultar igualmente exitosa para resolver los distintos problemas laborales que enfrentamos en la actualidad.

Una de las dificultades mayores en el estudio de las ideas gandhianas sobre la industria y el trabajo reside en la imposibilidad de hallar reunidas en un solo compendio esas ideas. Dicha dificultad ha sido superada por dos escritores gandhianos —V. B. Kher y R. N. Bose.^[1] Kher es autor de varias e interesantes publicaciones laborales, particularmente en lo que se refiere a las leyes del trabajo, e hizo una distinguida contribución a esa útil literatura al reunir las ideas de Gandhi sobre la vida y las relaciones económicas e industriales. Ha sido una tarea difícil ésa de reunir, analizar, sintetizar y publicar dichas ideas a partir de la masa de abundante

material diluida en discursos y escritos que abarcan un período de medio siglo. Esos 300 extractos, que ocupan un espacio de más de 800 páginas, revelan las ideas de Gandhi sobre una variedad de temas, desde el trabajo por el sustento diario hasta los conflictos industriales. Kher ha sabido resumir en forma admirable esas ideas en un ensayo de 100 páginas que bien puede pretender ser una valiosa contribución a la literatura gandhiana.

Asimismo el libro de Bose trató de llenar una laguna en las ideas gandhianas al resumir sus pensamientos y acciones en cuanto a las relaciones industriales, a la solución de los conflictos, a la política de salarios, a la indisciplina en el trabajo, a la participación de los trabajadores en la gestión y al sindicalismo. Los estudiosos de los problemas laborales en la óptica gandhiana han de sentirse inmensamente agradecidos a Kher y Bose por haberles proporcionado la materia prima, al mismo tiempo que sus versiones del producto acabado.

El concepto tradicional de los problemas del trabajo

El concepto tradicional trataba de los problemas del trabajo como si fuesen el resultado inevitable del sistema industrial moderno. Aunque el énfasis en el papel de los capitalistas en la agravación de esos problemas haya variado de un período al otro, parece que hubo unanimidad en cuanto a la aparición de las dos clases, a sus conflictos y al nacimiento del problema sindical como respuesta al capitalismo.

El concepto de los clásicos

El problema sindical más importante que llamó la atención de los economistas clásicos fué el de los salarios. Formularon varias teorías sobre salarios a fin de demostrar cómo se fijan los mismos. En el siglo XVII, Child declaró que "la mayor parte de las naciones en las regiones civilizadas del mundo son más o menos pobres en proporción con la pobreza o la riqueza de la gente". Aquí se trata del trabajo como si fuese parte de la población, la cual, como uno de sus recursos naturales, contribuye a la riqueza de la nación. La calidad y la cantidad de la mano de obra determina la prosperidad de un país. Adam Smith adoptó una posición distinta al declarar que el trabajo, al igual que las mercancías, tiene un precio real y nominal. "Puede decirse que su precio real consiste en la cantidad de artículos necesarios y convenientes que se adquieren a cambio de él; su precio nominal es la cantidad de dinero. El trabajador es rico o pobre y bien o mal remunerado en proporción con el precio real y no nominal de su trabajo". Esta idea del trabajo como medida del valor abrió indirectamente el camino a su tratamiento como mercancía, sin tener en cuenta sus características personales. El concepto del trabajo como mercancía fué ampliamente utilizado más tarde por Marx en su teoría de la explotación. Smith también explicó cómo los trabajadores deben entregar una parte de su producto a los propietarios y otra parte a los dueños. Esta idea anunciaba todas las teorías sobre salarios de explotación y sobre la posibilidad de regateo, así como insinuaba que el trabajador es una especie de tercero en discordia.

El concepto marxista

La idea tradicional del trabajo como mercancía, comprado y vendido en el mercado del trabajo por cierto precio (es decir, los salarios) fué inteligente y brillantemente explotada por Marx, a fin de exponer los males del modo de producción capitalista. Su teoría sindical del valor

afirma que el valor de toda mercancía es simplemente el monto de trabajo humano cristalizado que ella contiene, y las mercancías varían en valor según la diferencia en las cantidades de trabajo que resultan "socialmente necesarias para producirlas". El trabajador no dispone de otra mercancía que su capacidad de trabajo, y al venderla se transforma en la práctica en esclavo. El valor producido por el trabajador pasa a manos del capitalista que, siendo propietario de los medios de producción, dispone de ese valor para su beneficio y devuelve al trabajador lo suficiente para pagar los alimentos consumidos por él durante el tiempo en que estaba produciendo la mercancía. La diferencia entre el valor de las mercancías necesarias para la subsistencia mínima de la mano de obra y el del producto de esa mano de obra, se halla expropiada por los capitalistas, que a fin de aumentar al máximo esas ganancias recurren a recursos como la prolongación del día de trabajo, el empleo de mujeres y niños con sueldos inferiores y la intensificación de las tareas.

Los problemas sindicales han nacido de esos males.

Marx expone claramente ciertos rasgos importantes de la producción capitalista: la producción de mercancías para intercambio y ganancia, y el tratamiento no sólo del producto del trabajo humano sino también de la fuerza de trabajo misma como una mercancía. Este sistema capitalista ha sido fomentado por distintos factores, entre los que puede citarse el surgimiento del capital no sólo como instrumento de producción sino como una organización que da ganancias sobre los esfuerzos de otros, la introducción de maquinarias e inventos, los nuevos medios de comunicación, los nuevos mercados internacionales, la consolidación de los grandes Estados comerciales modernos, el surgimiento de los Bancos y compañías de comercio, la formación de las deudas públicas, la extinción de los pequeños propietarios, la opresión de la población campesina, y otros factores que llevan a la industrialización en gran escala y a los progresos tecnológicos. Ese tratamiento del trabajo como mercancía sirvió a Marx para formular sus distintas teorías de la explotación del trabajo, de la plus-valía y del ejército industrial de reserva, de los males del maquinismo y de la industria moderna, de la acumulación del capital y, consecuentemente, de la concentración del poder económico y político en pocas manos, de la inevitable lucha de clases y de la polarización de la sociedad en dos clases en oposición.

Marx condenó el sistema de la fábrica moderna, porque acababa tanto con la cooperación simple como con la orgánica, revolucionaba a los fabricantes, las artesanías y las industrias hogareñas, introducía el maquinismo y provocaba la más repugnante explotación de las mujeres y niños. Condenó el maquinismo porque hacía trabajar a cada vez más mujeres y niños, prolongaba el día de trabajo, socavaba la moralidad, impedía la educación de los niños y aumentaba la mortandad entre los trabajadores.

Sin embargo, se olvidó de que tanto el sistema de la fábrica como las máquinas no son sino medios y que en sí mismos no son malos. Su utilización inescrupulosa en manos de los capitalistas que buscaban ganancias, es lo que llevó a numerosos males. Puede resultar interesante anotar aquí que Gandhi mismo en su juventud (1908) condenó el sistema industrial moderno y las máquinas, que a su juicio traían empobrecimiento y degradación para los seres humanos. Más tarde, en la década del veinte, sus ideas sufrieron un cambio, y aunque condenaba a las máquinas que desplazaban el trabajo humano y difundían el pauperismo,

veía con agrado las herramientas e instrumentos sencillos así como las máquinas que ahorrarían trabajo para el individuo y aliviarían la labor de los artesanos.

Necesidad de un concepto nuevo

La condena de los capitalistas por Marx resultó tan completa y eficiente que el capitalismo llegó a ser considerado como un mal y los capitalistas pasaron a la defensiva. Las condiciones industriales, especialmente en los países subdesarrollados, suministraron numerosos ejemplos de explotación del trabajo, apoyando así las tesis defendidas por Marx. Se disponía de un planteo teórico, con ilustraciones prácticas, a través del cual los problemas laborales podían interpretarse convincentemente. Sin embargo, ese planteo tenía sus fallas. Los aspectos políticos y coloniales de la explotación quedaban relegados cómodamente. Se pasaba por alto el hecho de que las relaciones patrón-empleado en una gran empresa privada e interesada en obtener grandes ganancias no difieren en una empresa estatal. No se daba suficiente importancia al arma del control estatal de la industria para fiscalizar las prácticas inmorales de los empleadores. Finalmente no se encaraban adecuadamente los distintos factores no económicos que contribuyen a los males modernos en la industria. Por ejemplo, no ha sido estudiada en su correcta perspectiva la reacción psicológica de un trabajador agrícola sin tierra, acostumbrado a un ambiente relativamente libre, ante la vida y el trabajo en una ciudad, sujeto a numerosas restricciones. No se tuvo suficientemente en cuenta la contribución, al malestar industrial, de la ausencia de relaciones personales y cordiales entre el dirigente y los dirigidos en el ambiente impersonal de una fábrica moderna.

Sin embargo, cabe consignar a favor de Marx que su análisis comprensivo y sistemático de la producción capitalista indujo hasta a no comunistas como Cole, Commons, Perlman, K. Polanyi y los Webb, a sostener que el movimiento sindicalista moderno es el resultado del capitalismo moderno. El capitalismo había lanzado un desafío y los problemas laborales eran la respuesta a ese desafío. Dicha situación ha creado un abismo entre los patrones y los empleados, quienes se enfrentan con desconfianza y sospecha, como dos grupos distintos con intereses divergentes.

La India libre se halla en proceso del crecimiento económico. Para su desarrollo económico rápido y equilibrado necesita más producción, más dinero para invertir y más posibilidades de trabajo y en ello tanto los patrones como los obreros deben desempeñar un papel importante. Cualquier conflicto de clases basado en las ideas marxistas, irá en contra del progreso nacional. El concepto tradicional de los problemas laborales alentó a los patrones a llevar al máximo sus ganancias y a los empleados a exigir salarios cada vez más altos, sin reparar en el desarrollo de la industria, el bienestar de la colectividad, la prosperidad del Estado y el buen éxito de los planes. La alternativa consiste en hacer coincidir las demandas de los patrones y de los empleados con los intereses generales del pueblo, admitiendo el hecho de que el bienestar de la nación implica ciertas sujeciones monetarias y otras para ambas partes. Tanto los patrones como los obreros deben comprender que tienen una responsabilidad hacia la economía de la nación y que a la larga su bienestar depende del bienestar de la nación. Con una producción en aumento, en un ambiente de paz constructiva, pueden aumentar los beneficios que han de aprovechar todos los consumidores del país. Las asociaciones patronales y los

sindicatos, por lo tanto, deben esforzarse más en la producción que en el consumo. El concepto tradicional o marxista puede no resultar apropiado para alcanzar esa meta, porque se basa en un conflicto de clases que afecta directamente a la producción. Por ello es necesario descartar dicho concepto, por lo menos durante el período de desarrollo, y aceptar el concepto gandhiano.

Fundamentos del concepto gandhiano de los problemas laborales (2)

Antes de pasar al estudio de las ideas de Gandhi en torno a los problemas específicos del trabajo, resulta esencial conocer los principios fundamentales por los que bregó. Al contrario de otros líderes populares, Gandhi trajo valores espirituales a la vida ordinaria de un mundo de trabajo diario. Se llamaba a sí mismo un idealista práctico y como tal combinaba en su persona el doble papel de un santo y de un líder de masas. Su filosofía del trabajo sólo es una parte de su idealismo, que se manifestó en muchas esferas: en lo social, político y económico. Para comprender sus ideas en cuanto a los problemas del trabajo, se hace por lo tanto necesario estudiar los grandes principios de su idealismo. A continuación exponemos algunos de esos principios.

Fe en el individuo

Gandhi tenía una fe inmensa en la bondad del hombre y creía que muchos de los males del mundo moderno han sido provocados por un mal sistema y no por individuos malos. Uno de los mayores defectos del sistema industrial moderno es el tratamiento de la mano de obra como un objeto inanimado, ya sea como un recurso natural o como una mercancía o como un factor de la producción. Marx condena a la industria porque "convierte al trabajador en una monstruosidad lisiada, al provocar su dexteridad en el detalle a expensas de un mundo de posibilidades e instintos productivos, exactamente como hay gente que mata a un animal sólo por su cuero o por su grasa... Por naturaleza incapacitado para hacer nada independientemente, el trabajador industrial desarrolla su actividad productiva como un simple accesorio en el taller del capitalista". La causa principal del malestar industrial moderno es de naturaleza psicológica, y surge de la idea de que los obreros deben ser tratados simplemente como partes de la maquinaria productiva y no como seres humanos. Cuando un trabajador agrícola llega del campo a la ciudad en busca de un trabajo, se halla confrontado con nuevos ambientes, nuevas gentes, nuevos tipos de trabajo, en fin, con un sistema completamente nuevo. Anteriormente, como trabajador agrícola, podía trabajar a su propio ritmo y determinar sus métodos y normas de trabajo, con tal de cumplir las tareas que le eran asignadas. Sus relaciones con el dueño de la tierra eran cordiales y a menudo era tratado como un miembro inferior de la familia. Como obrero industrial, tiene que acudir a la fábrica a determinadas horas, trabajar un determinado número de horas a un ritmo mínimo especificado y seguir las normas y reglamentos que le son impuestos. Naturalmente hay en él un resentimiento que va aumentando por efecto del ambiente impersonal de la fábrica, a raíz del cual advierte que el patrón no se preocupa más por él que por una máquina, es decir, simplemente como si se tratara de un medio de producción. La insistencia de Gandhi en reconocer a cada trabajador como un individuo y como un ser humano resulta, por lo tanto, un factor importante en la prevención del malestar industrial. Pueden existir relaciones cordiales y per-

sonales más fácilmente en una pequeña fábrica que en una gran empresa. De ahí la ventaja de tener industrias hogareñas y aldeanas.

Pureza en los medios

Gandhi se opuso enérgicamente a la violencia inherente en los métodos de los socialistas y comunistas occidentales para alcanzar sus objetivos. "Desgraciadamente, por lo que puedo saber, los socialistas occidentales creyeron en la necesidad de la violencia para implantar sus doctrinas. Siempre he sostenido que la justicia social, aún para los más sumergidos, no puede ser alcanzada por la fuerza. Además he creído que es alcanzable por el entrenamiento de los más sumergidos, por medios no violentos, para asegurar la reparación de los males que padecen" (3). El creía en el comunismo no violento, llegando a decir que "si el comunismo llegaba sin violencia, sería bienvenido" (4). Entre las condiciones que estableció para una huelga exitosa figuraban: a) la razón de la huelga debe ser justa y no debe haber huelga sin motivo de queja; b) no debe haber violencia; y c) no deben ser molestados los no huelguistas ni los obreros no agremiados.

Ultimamente las protestas sindicales entre obreros han tomado a menudo formas violentas, tales como atentados al personal técnico, ataques esporádicos y desmanes contra la ley y el orden, seguidos por represalias policiales de diversa intensidad. Aunque pueda ser a menudo justa la causa de los trabajadores, se sufren las consecuencias de esos desmanes. En cambio, los patrones no pueden resistir las demandas legítimas y justas hechas por un fuerte sindicato apoyado por trabajadores leales.

Importancia del trabajo por el sustento diario

Gandhi siguió los pasos de Ruskin al sostener la importancia del trabajo por el sustento diario, según el cual "todo individuo sano debe trabajar lo suficiente para su sustento, y sus facultades intelectuales deben ser ejercitadas no para ganarse la vida o acumular una fortuna sino sólo para servir a la humanidad" (5). Las tres condiciones esenciales del trabajo por el sustento diario son que debe ser voluntario en su carácter, debe ser inteligente, y debe ser efectuado para el bien general. No debe haber antítesis alguna entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Desgraciadamente, en la India, la dignidad del trabajo no ha sido apreciada en su totalidad y Gandhi tuvo que afirmar: "Si pudiera ser suprimida la idea de vergüenza que equivocadamente acompaña al trabajo físico, habría suficiente trabajo para los jóvenes hombres y mujeres de inteligencia mediana" (6).

En nuestro país ciertas ocupaciones son reservadas para las clases inferiores, y entre los desocupados educados existe una actitud que les hace aspirar sólo a trabajos administrativos. Las clases más ricas desprecian el trabajo físico y parte de la población industrial se gana la vida aprovechando los esfuerzos ajenos. Si se ponen adecuadamente en práctica, los principios de Gandhi sobre el trabajo por el sustento diario y sobre la dignidad del trabajo, pueden remediar muchos de esos prejuicios en el campo industrial.

Igualdad económica

La igualdad económica del concepto gandhiano no significa una simple igualdad de salarios sino la reducción de la diferencia entre ricos y pobres. Debe verificarse una nivelación hacia abajo de los pocos ricos

en cuyas manos se ha concentrado el poderío económico, así como también una nivelación general hacia arriba de las masas. La igualdad económica asegura a cada individuo una alimentación equilibrada, una casa decente para alojarse, suficientes ropas para vestirse, facilidades para educar a sus hijos y una atención médica adecuada. Uno de los objetivos de los planes indios es la "reducción de las injusticias en las ganancias y la fortuna, y una distribución más nivelada del poder económico". También se propone lograr ese objetivo por medio de una adaptación progresiva del sistema fiscal y por cambios en las instituciones que han de poner una creciente proporción de los sobrantes de la colectividad en manos de las autoridades públicas. Promoción de la forma cooperativa de la producción, eliminación de los rentistas sin funciones, sustitución del crédito usurario privado por el crédito institucional, fiscalización del monopolio privado y ampliación del sector público en las líneas estratégicas de producción y comercio; tales son algunas de las medidas propuestas para reducir la desigualdad en ganancias y fortuna. No cabe duda de que los planes siguen los principios gandhianos. También pueden resultar fructíferos en ese sentido el desarrollo de las industrias hogareñas y aldeanas y la formación vocacional de los obreros.

Fideicomiso

Una contribución importante de Gandhi a las relaciones industriales es el concepto de fideicomiso, que establece que los ricos deben tener su riqueza como un depósito para los pobres o entregarla para beneficio de los últimos. "Según dicha doctrina, el rico no puede poseer una rupia más que sus vecinos. . . El rico seguirá en posesión de su riqueza, de la que utilizará lo que requiere razonablemente para sus necesidades personales, y actuará como depositario para que el resto sea utilizado para la sociedad. En la materia se presume la honradez por parte del depositario" (7). Gandhi creía en el principio según el cual se hace culpable de robo el que se apropia de más que el mínimo necesario para él. La "fórmula del fideicomiso", tal como la aprobó Gandhi, establece entre otras cosas: "El fideicomiso provee un modo de transformar el actual orden capitalista de la sociedad en un orden igualitario. No perdona al capitalismo, pero ofrece a la actual clase poseedora una posibilidad de reformarse. No reconoce derecho alguno de propiedad privada, salvo en cuanto a lo que puede permitir la sociedad para su propio bienestar. No excluye la regulación legislativa de la propiedad y el uso de la riqueza. Del mismo modo que se propone fijar un salario mínimo decente, asimismo debe fijarse un límite para la renta máxima que ha de permitirse a cualquier persona dentro de la sociedad. Bajo el orden económico gandhiano, el carácter de la producción será determinado por la necesidad social y no por el capricho o la avaricia personal" (8). Desgraciadamente, no se ensayaron adecuadamente esos principios de fideicomiso y cabe preguntarse si un fideicomiso regulado por el Estado podría remediar los males provocados por el sistema capitalista.

Industrialismo

Aunque Gandhi revisó sus ideas en torno al maquinismo, era opuesto a la industrialización en gran escala en su sentido occidental. Insistió en que la India debía desarrollar su propia economía, su propia política, su propio método en cuanto a sus industrias y todo lo demás. "Un gran país, con una población abundante y una antigua tradición rural que

hasta ahora ha cumplido con su propósito, no necesita ni debe copiar el modelo occidental" (9). Era partidario del renacimiento de las comunidades aldeanas, que producían y suministraban todo cuanto necesitaban las ciudades pequeñas y grandes de la India. Según él, "la India se empobreció cuando nuestras ciudades se convirtieron en mercados extranjeros y comenzaron a arruinar a nuestras aldeas al ofrecerles mercancías baratas y de inferior calidad procedentes de países extranjeros" (10). Tuvo clara visión de los males del industrialismo en gran escala, de la concentración del poderío económico en pocas manos, del crecimiento del parasitismo, de los conflictos industriales, de las injusticias económicas flagrantes y de la agresiva expansión del materialismo. Su defensa de las industrias **Svadesi**, **Khadi** y aldeanas se basa en parte en su deseo de suprimir esos males.

Conceptos gandhianos en torno a los problemas laborales (11)

Los principios fundamentales del idealismo gandhiano, mencionados en lo que antecede, ofrecen la base en que descansan sus conceptos en torno a varios problemas específicos del trabajo. Dentro de este breve artículo resulta imposible suministrar detalles de sus conceptos relacionados con todos los problemas del trabajo. Los estudiosos que deseen conocerlos habrán de recurrir a los libros a que hacemos referencia aquí. Debemos limitarnos, por ahora, a referirnos solamente a importantes conceptos sobre algunos problemas específicos.

Contratación y condiciones de trabajo

Veremos ahora que Gandhi creía en el sistema sindicalista. "Debe existir un registro de todos los trabajadores disponibles y aceptables por ambas partes, y debe terminarse con la costumbre de contratar a la mano de obra por medio de cualquier organismo que no sea el sindicato representativo. Ello no admite excepción alguna si el sindicato está estructurado como una verdadera organización" (12).

Abogó por elevar la edad de los niños para su empleo en las fábricas (13) y dijo: "Es una señal de degradación nacional sacar de las escuelas a niños de corta edad para emplearlos en un trabajo remunerado. Ninguna nación digna de este nombre puede permitir que se haga mal uso de sus niños. Por lo menos hasta la edad de 16 años deben seguir en las escuelas" (14). Bregó por menos horas de trabajo: "Los que tienen que trabajar demasiadas horas no pueden tener tiempo de sobra para mejorarse mental o moralmente. No resulta sorprendente que su condición esté reducida a la del animal" (15). También habló en contra del exceso de trabajo y de la falta de medidas de seguridad contra los polvos y la suciedad.

Relaciones industriales

Gandhi comprendió que las relaciones entre los sindicatos y las patronales pueden ser un poderoso estímulo para el progreso económico y social o un importante factor para el estancamiento económico y social. A su juicio, la paz industrial era condición esencial no sólo del crecimiento y desarrollo de la industria misma, sino también, en una gran medida, del mejoramiento de las condiciones de trabajo y remuneración de los obreros. Al mismo tiempo, no sólo concedía al obrero el derecho de adoptar el método de los convenios colectivos sino que lo

apoyaba activamente. El apéndice I al libro de Bose suministra detalles de 15 casos de funcionamiento del sistema de conciliación y arbitraje, en los que Gandhi tomó una parte activa durante el período 1917-1929. Abogó por el arbitraje voluntario y preguntó: "Puesto que habrá a veces diferencias entre patrones y empleados aún en las empresas mejor administradas, ¿por qué no podría existir un sistema de arbitraje entre las partes, de modo que puedan aplicar rápidamente y con la mejor buena fe las decisiones de los árbitros?" (16). Bregó por un perfecto entendimiento entre el capital y el trabajo, por el respeto mutuo, por el reconocimiento de la igualdad y por una fuerte organización gremial, factores esenciales para obtener relaciones felices y constructivas en la industria.

Huelgas

Gandhi no se oponía a las huelgas, pero pedía que constituyesen el último recurso en la defensa de los trabajadores industriales y, por lo tanto, que los mismos no recurriesen a ellas antes que se hubieran agotado todos los medios pacíficos y constitucionales para la negociación, la conciliación y el arbitraje. Aún durante una huelga, los obreros deben estar dispuestos a aceptar cualquier arreglo justo o el recurso al arbitraje. Para librar una huelga el motivo ha de ser justo y las demandas no deben ser exageradas. Tiene que existir unanimidad práctica entre los huelguistas así como un perfecto entendimiento entre los huelguistas y sus dirigentes. No debe haber violencia ni molestias para los obreros no agremiados. Los huelguistas no deben depender de limosnas, ni de donaciones públicas, ni siquiera de los fondos del sindicato. Finalmente, deben permanecer firmes, cualquiera sea la duración de la huelga, y durante ese período deben aprender a ganarse la vida. Gandhi dirigió una huelga victoriosa en 1918 y la mayor parte de sus principios están basados en la experiencia recogida por él en esa oportunidad. Se oponía, finalmente, a las huelgas de solidaridad y a las huelgas en los servicios públicos.

Salarios

Gandhi sostenía la idea de un salario vital mínimo que, a su juicio, había de ser: una alimentación razonablemente equilibrada y adecuada para permitir que el hombre esté en condiciones de suministrar sus ocho horas de trabajo normal y eficiente durante todo el año, sus necesidades mínimas en ropas, un mejor alojamiento y otras comodidades ordinarias (17). Si no le era posible a alguna industria pagar el salario vital mínimo, era mejor que cerrara sus puertas (18). En cuanto a las diferencias en los salarios, Gandhi quería abolir las diferencias irracionales que tenían su origen en razones históricas pero que no guardaban relación con las condiciones existentes.

Disciplina laboral

Gandhi era firme partidario de la disciplina y exhortaba a los trabajadores a compenetrarse de ella, pues su orgullo reside en su fuerza numérica y, sin embargo, la sola fuerza del número no vale de nada si los trabajadores no son disciplinados. Gandhi aconsejaba a los trabajadores que cumplieran con su deber y luego insistieran en sus derechos. "Si en lugar de insistir en sus derechos todo el mundo cumpliera con su deber, de inmediato quedaría establecido el gobierno del orden en la humanidad... Los derechos que no se derivan directamente del deber cumplido no sirven de nada" (19).

Participación de los trabajadores en la dirección de las empresas

Ya en 1937, Gandhi abogaba por el derecho de los obreros a conocer la marcha de su empresa: "Es vital para el buen éxito de la industria que los obreros sean considerados iguales con relación a los accionistas y que tengan, por lo tanto, derecho a disponer de un conocimiento preciso de los negocios de la empresa. Si los trabajadores son dueños co-iguales, sus organizaciones deben tener el mismo acceso que los accionistas a los negocios de la empresa. En efecto, no puede existir confianza por parte del personal obrero si se le niega información material" (20). Más tarde, en 1946, Gandhi aconsejó a los patrones que cuando se hallen frente a una huelga de sus obreros, se retiren dejando la fábrica y la gestión completamente en manos de los obreros mismos. "Mi consejo a los patrones sería que deben considerar de buen grado a los obreros como los verdaderos dueños de las empresas que ellos se imaginan haber creado" (21).

Sindicalismo

Gandhi aconsejaba a los obreros que se organizaran, porque si estaban correctamente organizados tendrían más riqueza y recursos por su trabajo que los capitalistas por su dinero. La organización (es decir, el sindicato) debe servir para la formación interior de los obreros y para su defensa contra los embates de afuera. La Asociación de los Trabajadores Textiles de Ahmedabad, creada bajo la dirección de Gandhi en 1917, fué utilizada por él como su propio laboratorio para investigaciones y experimentos laborales. Ofreciéndola como modelo a toda la India, escribió en 1941 lo que sigue:

Su base es la no-violencia pura y simple. Jamás ha sufrido un revés en su carrera. Ha ido creciendo en fuerza, sin ruido ni ostentación. Tiene su hospital, sus escuelas para los hijos de los obreros, sus cursos para adultos, su propia imprenta, su depósito **Khadi** y sus propios barrios residenciales. Casi todos los obreros tienen voz y voto y deciden la suerte de las elecciones. La organización jamás ha participado en la política del partido del Congreso. Ejerce su influencia en la política municipal de la ciudad. Se enorgullece de huelgas muy exitosas que fueron absolutamente no-violentas. Los dueños de fábricas y los trabajadores han mantenido sus relaciones ampliamente por medio del arbitraje voluntario"

Conclusión

El presente artículo no tiende a desbaratar la contribución de Marx a los problemas del trabajo ni tampoco a presentar el concepto gandhiano como la panacea de todos los males engendrados por el sistema industrial moderno. Tanto Marx como Gandhi fueron grandes hombres que demostraron un extremo interés por los sectores mudos y hambrientos de la humanidad. Ambos estudiaron el problema con simpatía y consideración e hicieron recomendaciones para la emancipación de los sumergidos. Surge la diferencia en los métodos perseguidos y en la meta final. Como lo anota K. G. Mashruwala, "Gandhi y Marx se diferenciaron en sus conceptos de la vida y el universo, y todo lo que los separa en materia de fines y medios procede de esa diferencia básica".

Las diferencias se advierten principalmente en el concepto de la lucha de clases. Marx partió de la idea de que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases y llegó a la conclusión de que

la sociedad capitalista se halla inevitablemente dividida en dos distintas clases, a las que separan cada vez más la acumulación del capital por una parte y la explotación del proletariado por otra. Las contradicciones internas y las crisis sucesivas, en forma de superproducción e infraconsumo, crecimiento del pauperismo y rápida multiplicación de las compañías por acciones, llevarán inevitablemente a la sociedad capitalista a su auto-destrucción, cuando las clases trabajadoras, bajo la dirección del partido comunista, desempeñen un papel decisivo en la transformación del capitalismo en el Estado comunista.

Dicho concepto, con su pretendida inevitabilidad, implica varios elementos indeseables, como el conflicto de clases, la violencia, la destrucción y la agitación industrial. Un país libre encaminado hacia su desarrollo económico puede difícilmente aceptar semejante concepto si existe alguno mejor. El concepto gandhiano puede brindarlo y, por lo tanto, debe ser estudiado. Gandhi admite la existencia de las dos clases, pero con su imperecedera fe en la bondad del hombre, no acepta la lucha de clases. En su lugar, brega por la idea de la familia en las relaciones industriales, cuando dice: "Podemos tener que luchar contra los dueños de las fábricas, pero debemos hacerlo con repugnancia, como si lucháramos contra nuestros propios hermanos, contra nuestra propia sangre y carne". Cree en la cooperación mutua cuando aconseja a los trabajadores: "Algunos quieren un sindicato que acepte la lucha de clases como su credo. No cedan ustedes a esa tentación si no creen en la inevitabilidad de la lucha de clases. Ustedes y yo creemos en la cooperación. Si, a veces, no cooperamos con los dueños de fábricas, lo hacemos para alcanzar la cooperación finalmente".

Los trabajadores indios se hallan en una encrucijada y tendrán que elegir el camino que los llevará al desarrollo económico de la India.

- (1) M. K. Gandhi, *Economic and Industrial Life and Relations* (3 vols.) compilados y publicados por V. B. Kher, Navajivan Publishing House, Ahmedabad, 1957.
R. N. Bose, *Gandhian Technique and Tradition in Industrial Relations*, Research Division, All-India Institute of Social Welfare and Business Management, Calcutta, 1956.
- (2) Esta parte se basa ampliamente en la Introducción de V. B. Kher a su libro *Economic and Industrial Life and Relations*, Vol. I, Pp. x-cvi.
- (3) 20 de abril de 1940.
- (4) 13 de febrero de 1937.
- (5) 14 de noviembre de 1948.
- (6) 1.º de marzo de 1935.
- (7) 25 de agosto de 1940.
- (8) 25 de octubre de 1952.
- (9) 25 de julio de 1929.
- (10) 27 de febrero de 1937.
- (11) El material de esta parte ha sido extraído de la Introducción de V. B. Kher a su libro *Economic and Industrial Life and Relations* y del libro de R. N. Bose, *Gandhian Technique and Tradition in Industrial Relations*.
- (12) 13 de febrero de 1937.
- (13) 25 de julio de 1929.
- (14) 5 de mayo de 1920.
- (15) 28 de abril de 1920.
- (16) 13 de marzo de 1946.
- (17) 16 de enero de 1937.
- (18) 31 de agosto de 1935.
- (19) 4 de julio de 1947.
- (20) 13 de febrero de 1937.
- (21) 31 de marzo de 1946.

La crisis uruguaya

por Carlos M. Rama

El Uruguay ha sido durante mucho tiempo uno de esos curiosos países "donde no pasaba nada"; pero al mismo tiempo se reconocía que su estilo de vida político constituía una experiencia particular, por muchos sentidos digna de estudio y encomio.

En un mundo convulsionado en perpetua crisis, muy rara vez registraban las agencias telegráficas noticias de Montevideo, aunque los estudiosos de los sistemas sociales concurrían desde diversas partes del mundo para enterarse de su sistema original, o captar la explicación de la estabilidad de un gobierno ininterrumpidamente en manos de una tendencia política desde hacía 93 años.

La "aurea mediocritas" uruguaya suponía, efectivamente, un régimen válido exclusivamente para unos 2 millones 600 mil habitantes, en la zona austral de América, sin posibilidades de expansión o exportación, pero asentada en una forma aparentemente muy estable desde hacía casi un siglo. Pero a partir de las elecciones de noviembre de 1958, en que es derrotado por una diferencia de cien mil votos el partido colorado gobernante, aquel mundo que asemejaba la completa estática, entra en una conmoción dinámica que se aprecia en los cables telegráficos, y en el comentario de los centros cultos del mundo.

¿Cuáles son los rasgos del sistema uruguayo, y el secreto de su estabilidad casi secular?

En primer lugar —y aunque esto disminuya el "mito uruguayo"— de los 93 años de dominación del partido colorado solamente corresponden 47 al ejercicio de la democracia, que son los años 1904-1958. Durante el resto, el partido gobernante ha actuado con gobiernos de facto, apoyados por el ejército. El ejercicio de los derechos electorales, como es usual en América Latina, ha sido reclamado por el partido conservador nacionalista, con base rural, que contaba con los votos dóciles de las peonadas de las estancias ganaderas. De todas maneras, medio siglo de democracia política, que corresponden a casi todo el siglo XX que hemos vivido, ya es algo absolutamente inusitado en los países latinoamericanos, pero mucho más lo es si pensamos que el Uruguay se precia de tener la legislación social más avanzada del hemisferio, un sistema de enseñanza pública muy difundida, un elevado standard de vida de sus habitantes y numerosas y prestigiosas instituciones sociales propias de una alta civilización.

Es explicable que durante esos 47 años de democracia política, en cada una de las elecciones presidenciales, parlamentarias o locales, invariablemente la población refrendase su confianza en un sistema que le había asegurado, a pesar del territorio minúsculo (187.000 Km. cuadrados), de la falta de grandes recursos y de antecedentes culturales sólidos, un nivel de vida material y político muy superior al resto de los demás países similares del Continente.

¿Por qué entonces ese cambio, que abre una perspectiva dinámica

aparentemente tan profunda, como prolongada fue la etapa institucional que termina de cerrarse?

La crisis iniciada en noviembre de 1958, es de naturaleza política, pues la abre la derrota electoral del partido gobernante con el correspondiente ascenso del equipo político contrario, nacionalista; y esto corresponde a las mejores tradiciones del país. En efecto, los uruguayos sienten la pasión de la política, la ciudadanía tiene 1 400 000 inscriptos y en la misma se invierte buena parte de las energías nacionales.

La actitud espontánea del uruguayo medio es actuar con los políticos como los pueblos primitivos con los "magos fabricantes de lluvias". Mientras el país vivía prósperamente y el sistema funcionaba en forma satisfactoria, refrendaban con sus votos la confianza en los políticos oficialistas.

¿Por qué ahora se les castigaba desposeyéndoles del poder?

Las causas ocasionales e inmediatas de la crisis uruguaya son diversas, pero corresponde destacar las siguientes:

1.º) El desgaste del partido gobernante. El Uruguay ofreció, por la década de los años 50, un panorama muy interesante de lo que podría llamarse "el envejecimiento de un Partido". La política se identificó tan absolutamente con el oficialismo, era tan firme su popularidad y parecía tan asentada su permanencia, que se destacaron hasta el abuso caracteres como los siguientes: Los políticos, en una buena proporción, eran de "ciertas familias". El hijo, sobrino o nieto de un político prestigioso heredaba situaciones que terminaban por convertirse en familiares. La política aseguraba un ascenso casi seguro y sin riesgos, por lo que un buen número de políticos se reclutaron entre mediocres, arribistas, fracasados, etc. La importancia del Estado en el Uruguay y el escaso control, se contribuyeron para una corrupción, menor que en otros países latinoamericanos, aunque desusada en el Uruguay. El repetido éxito del sistema impedía la experimentación y hasta la innovación. Se tendía espontáneamente a repetir el mismo clisé y se impedía utilizar gentes nuevas o meramente muy jóvenes. Los empleos públicos constituían un instrumento político y no cumplían su función social.

2.º) En un nivel más profundo, se podía apreciar un agotamiento del programa del partido gobernante.

Este había sido progresista, audaz y hasta revolucionario en las manos de su gran líder José Batlle y Ordóñez, que actuara como Presidente en 1903-1907 y 1911-1915, pero después de su muerte en 1928, sus grandes ideas se habían convertido en dogmas, cuando no se habían desvirtuado u olvidado.

Sus continuadores defendían celosamente las ideas batllistas, pero eran incapaces de ampliarlas, renovarlas, enriquecerlas o siquiera ajustarlas a los nuevos tiempos. Los nuevos problemas planteados por la creciente industrialización y las relaciones entre la ciudad y el campo no tuvieron en los últimos treinta años soluciones originales del calibre de las usuales en la obra de Batlle.

3.º) Pero la causa determinante más inmediata de la crisis uruguaya ha sido la crisis económica. Esta crisis abarca todos los países de

América Austral y, posiblemente, tiene manifestaciones más virulentas en otros países de monocultura como Bolivia, Paraguay, Brasil, Chile y Argentina, pero en el Uruguay sus efectos han sido en los últimos dos años muy considerables. El cierre del mercado estadounidense para la lana uruguaya, la clausura de los frigoríficos norteamericanos en Montevideo, la inflación, la desvalorización de la moneda nacional, etc., han afectado el alto nivel de vida de las clases medias rurales y urbanas y llevado a la desocupación casi permanente a vastos sectores de trabajadores. El erario nacional tuvo dificultades para atender su amplio presupuesto.

Esta crisis ha estado seguramente en el trasfondo de las numerosas crisis políticas de los últimos meses en América Latina, pero es explicable que en el caso del Uruguay haya afectado a un gobierno democrático inocente de sus causas y obviamente incapaz de impedirla.

Un gobierno desacreditado (cosa importante en un país de baja clase media), que no suscita una entusiasta adhesión política, ya como responsable de una crisis económica internacional.

Posiblemente esas causales citadas no serían suficientes, si no se apoyaran en un cuadro de causas profundas más amplias.

Más allá de la política y hasta de las finanzas presupuestales y de los ciclos económicos del capitalismo, la crisis se incubaba para el sistema uruguayo. Apuntemos algunos aspectos de la demografía, la estructura económica y la estructura social.

El ochenta por ciento de la población uruguaya vive en ciudades y, de ese porcentaje, la mitad en una gran ciudad (Montevideo). No es extraño que la tasa de crecimiento vegetativo del Uruguay sea, después de la de EE UU, la más baja del Continente. Hasta 1933, el Uruguay suplía la deficiencia de su bajo crecimiento con la inmigración. Entre 1830 y esa fecha, habían entrado al país alrededor de un millón de europeos (por su orden: italianos, españoles, franceses, gentes de Europa Oriental y Levante, etc.).

Mientras se mantuvo la corriente migratoria, las ciudades y especialmente Montevideo, pudieron predominar claramente sobre la campaña y el sistema político uruguayo se apoyó ampliamente en los extranjeros que pronto se incorporaban a su ciudadanía. Pero desde 1933, al cerrarse la inmigración, el campo comenzó a refluir sobre la ciudad; y fue del Interior de donde se reclutó el proletariado de las recientes industrias o las nuevas clases medias.

Montevideo, en 1944, tenía un tercio de sus habitantes nacidos en el Interior o de padres del Interior. Catorce años más tarde dejaba de ser un centro cosmopolita de estilo moderno, una isla europea en el Plata, para depender bastantes estrechamente del interland criollo.

Sin embargo, la estructura económica ha tenido cambios significativos. Mientras la producción agropecuaria sigue siendo extensiva; casi como en el primigenio siglo XVIII, con sus ocho millones de vacunos; 23 millones de ovejas, criadas a la intemperie por pastores asalariados que recorren a caballo docenas de kilómetros, por vastas propiedades latifundistas, las ciudades se industrializan.

Los obreros industriales, solamente 64 000 en el año 1936, eran 195 000 en 1956; y sumados a los obreros de talleres, artesanos, obreros a domicilio, etc., alcanzan por lo menos a 400.000 personas. Por su parte, los empleados de empresas industriales, que eran 8.600 en 1936, eran 33.000 veinte años después. En tanto la población agropecuaria (un 21 por ciento de la población), tiende constantemente a reducirse en sus cifras totales y en sus proporciones dentro de la población general del país.

En otras palabras, en un país donde la población total crece muy lentamente, cada día son más los obreros y empleados de la industria y menos, muchos menos, los rurales. El país se industrializa (textiles, alimentos para exportación, cueros, construcción, etc.), pero sin planes y hasta sin estadísticas.

¿Quién paga esa industrialización? Aquellos países que no tienen colonias ni pueden imponer imperialmente sus precios a sus compradores, deben autofinanciar su industrialización con sus propios recursos.

Desde la Revolución rusa, ese sistema existe, lo practican muchos países; y consiste en financiar la industrialización sobre los beneficios agropecuarios. En Brasil se dice que son los "fazendeiros" del café los que han pagado Volta Redonda y Petrobras.

En Uruguay mediante el mecanismo de los cambios una parte del beneficio de las exportaciones de la lana, cueros y carnes se ha vertido en dólares baratos para importar maquinaria, repuestos y subsidiar exportaciones e incluso los productos de consumo para obreros y empleados, de manera de mantener los salarios bajos.

Esta industrialización acelerada, sobre los beneficios de los propietarios rurales, sólo podía mantenerse en épocas de auge económico o exportaciones considerables, pero, cambiadas las circunstancias, era inevitable la protesta agraria.

El país vive, presumiblemente sin saberlo, envuelto en las consecuencias sociales y económicas de la industrialización.

Sin embargo sigue dependiendo para la obtención de sus divisas; y en una alta proporción, de la exportación de materias primas de origen agropecuario.

Finalmente la estructura social uruguaya se caracteriza por la enorme importancia de la nueva clase media urbana (empleados, técnicos, profesionales); la debilidad de su clase alta (cuyo núcleo siguen siendo los grandes propietarios rurales) y el reducido porcentaje de su población marginal (desocupados permanentes, maleantes, lumpenproletariat, etc.).

En un trabajo inédito sobre "Las clases sociales en el Uruguay", hemos estimado que esa población miserable que ocupa poblaciones similares a las "fabelas" brasileñas o venezolanas, las "villas callampas" chilenas o las "villas miserias" argentinas, no pasa del 8 % de la población. En cambio, la clase media, con su 31 % del país, sólo es sobrepasada en toda América por EE. UU. y Argentina.

Esta clase media es el eje social y político del país. Participa bastante activamente de la política, monopoliza la Universidad, vive en un nivel de holgura, en general desconocido al Sur del Río Grande, pero es

económicamente débil, pues no tiene propiedad y depende del poder político o de su preparación cultural. En los momentos de crisis económica se siente severamente golpeada y cuenta con escasas defensas. Por su parte, mientras los obreros industriales especializados tienen un buen nivel de vida y conciencia de sus problemas, muy distinta es la condición de los peones agrícolas y ganaderos, desorganizados, casi siempre faltos de instrucción y dependientes de sus patrones en todos los aspectos.

En las elecciones de 1958 fue decisivamente derrotado el partido gobernante que había sido portavoz de la clase media urbana, los industriales, los extranjeros, los profesionales, etc. y con él cierta orientación general del país, a la que acompañaban con su crítica constructiva los pequeños partidos socialista, comunista y demócrata-cristiano, los sindicatos obreros, las asociaciones, etc.

El triunfo correspondía a un vasto conglomerado representativo de los intereses y la población rural, ciertos sectores católicos conservadores, y, circunstancialmente, núcleos de la misma clase media urbana.

Solamente la confluencia de tantos e importantes factores ha podido explicar en el Uruguay el triunfo de los rurales y con ellos de los grupos más reaccionarios y antidemocráticos con que cuenta el país.

No debe creerse sin embargo que los triunfadores tienen un claro programa o representan una fuerza orgánicamente estructurada.

En verdad incluyen tres sectores bastante bien diferenciados, a saber:

a) Un conglomerado electoral, la Unión Blanca Democrática, dirigida por elementos de la clase alta que han capitalizado en su favor votos de la clase media urbana disconforme con la administración batllista.

En materia de legislación política, libertades públicas y política internacional, este grupo participa de los ideales tradicionales en el país.

b) El Partido Nacional Herrerista, el rival conservador del Batllismo, representativo de los intereses rurales, caudillista, con grandes simpatías por el peronismo argentino y otros regímenes dictatoriales.

c) La Liga Federal de Acción Ruralista, un movimiento al estilo de Poujade, en Francia, que comenzó por decirse exclusivamente "gremialista", de actitudes demagógicas, que arrastra a multitudes campesinas y la población marginal de las ciudades, cuya ignorancia les impide comprender que procuran exclusivamente la defensa de los intereses del gran patronato rural.

Esta Liga Federal realiza concentraciones, desfiles, hace una gran propaganda, tiene símbolos para las masas y, como otros partidos ultraderechistas, practica un casi culto de su líder Benito Nardone, un hábil periodista radial.

En su "staff" figuran buen número de los intelectuales fascistizados con que cuenta el Uruguay.

El entendimiento entre los tres sectores se logró antes de las elecciones, en la oposición, pero una vez triunfantes se han librado a una con-

fusa lucha de posiciones, que aumenta su incapacidad para resolver cualquiera de los problemas fundamentales del país. Sin embargo, han anunciado diversas medidas tendientes a desmontar el "sistema uruguayo", reducir los derechos de los obreros y empleados y favorecer al clero y al ejército, que hasta la fecha no jugaban un papel importante en el país. También en su programa figura detener la industrialización y la urbanización del país y favorecer los intereses rurales, desvalorizando la moneda y suprimiendo el mecanismo de cambios.

Políticamente se han manifestado partidarios de un "gobierno fuerte" y de la "austeridad" en la Administración Pública y favorecen un clima de derechismo que el Uruguay no conocía.

Como la UBD no tiene prácticamente intervención en el Gobierno, se puede resumir diciendo que la situación triunfante dispone de dos cartas, a saber: conservadores y fascistas; y todo indica que se jugarán en ese orden.

Las razones que han llevado a los conservadores al poder han sido explicadas, pero también deben recordarse para comprender la posibilidad fascista. Para ésta hay, además, otros tres factores.

En primer lugar la desorientación de las clases medias. Pequeños empleados, modestos comerciantes, estudiantes universitarios, etc., acompañan una experiencia cuyas medidas terminarán seguramente por perjudicarlos. Algunos han terminado por descreer de la democracia política y están dispuestos a escuchar a quienes hablan confusamente de "oligarquía", "antiimperialismo", "nacionalismo uruguayo", "revolución nacional", etc.

La escasez de cuadros administrativos de los nuevos gobernantes abre una expectativa tentadora a los intelectuales desclasados que se pliegan a los "nuevos tiempos".

En segundo lugar, aun siendo pequeña la sociedad rural, en ella el gran patronato tiene un control casi absoluto. En el campo no hay sindicatos, ni clases medias independientes, ni mayores contactos con la cultura política. Calculamos en unos cien mil los votantes que entregan su voto a la voluntad de sus "caudillos" y patronos. El latifundismo está muy extendido y se ha estimado que el 40 % del territorio nacional es propiedad de 600 familias.

El fascismo ha conseguido apoyarse en Alemania e Italia en la baja clase media urbana (empleados, pequeños comerciantes, técnicos, etc.), en Argentina en los obreros no especializados de la ciudad y del campo; y en el Uruguay puede tener su base en las peonadas agrarias y en los pequeños y medianos propietarios rurales demagógicamente engañados.

Esa vasta operación política se puede hacer en beneficio del gran patronato rural, como en otros países favorece a otras oligarquías capitalistas.

Por último, el ultranacionalismo uruguayo tiene el ejemplo, el estímulo y, posiblemente, el apoyo del peronismo argentino. Decía un célebre ensayista que, en la época de la Independencia, todos los generales latinoamericanos soñaban con ser Napoleón; y hoy podría decirse que cualquier político en contacto con las masas, se siente deslumbrado por la fi-

gura de Perón. Este sigue teniendo por lo menos el 30 % del electorado argentino y la mayor parte de los sindicatos, con la masa de trabajadores no especializados. Si el Uruguay se convirtiese en su punto de apoyo, la restauración justicialista en la Argentina vería abrirse ante sí una perspectiva más promisoría.

Es importante recordar que en el programa de Perón figuraba la reconstrucción del Virreynato del Río de la Plata (Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay); y que esos proyectos eran compartidos por muchos ultranacionalistas de los países citados.

Cuando escribimos esto, el panorama se presenta confuso, incluso en el balance de las fuerzas que pueden conservar al Uruguay en el camino de la democracia social y superar sus pasadas conquistas.

El Uruguay está como Francia al subir De Gaulle o la Argentina, después del primer triunfo de Perón.

Pensamos, sin embargo, que el Uruguay saldrá adelante de esta crisis, como salió de otras mucho más difíciles de su pasado, cuando estuvo a punto de perder la independencia confundiendo en el seno de los países vecinos o deshaciéndose en sangrientas luchas intestinas.

No faltan, hemos dicho, reservas más que suficientes para poner en la liza y recursos humanos para salvar cualquier tipo de dificultades.

En primer término hay que confiar en las tradiciones democráticas del país, donde las instituciones vienen funcionando desde hace muchos años, donde existe un verdadero culto por la libertad en todas sus formas y donde las gentes han practicado largamente la tolerancia, el respeto mutuo y la convivencia pacífica.

Creemos también que predominará la estructura social del país. Es imposible gobernar contra los intereses de los obreros, empleados y profesionales, cuando éstos representan la clara mayoría del país. Aparte de los desgraciados trabajadores rurales, es imposible atacar los derechos de las gentes que viven de su trabajo, sin ocasionar su protesta y su resistencia. Los sindicatos ya están en lucha para defender los llamados "consejos de salarios", que regulan cada dos años sus ingresos.

Por último, la coyuntura internacional no es favorable a estas aventuras políticas. Los triunfos democráticos en el área del Caribe, el ascenso de los demócratas en EE. UU. y hasta la creciente importancia del comercio con la URSS y China, hacen pensar que no estamos en los años treinta ni es ésta la oportunidad para imitadores de Benito Mussolini, Perón o Poujade.

La lucha por la defensa de la democracia en el Uruguay, debe necesariamente apelar a todas las fuerzas sociales e ideológicas disponibles en el país, pero debe contar asimismo con la colaboración y el auspicio de los demócratas del resto del mundo.

Es posible, incluso, que esta crisis en su superación permita pasar a nuevos estadios de la vida histórica de la democracia uruguaya. Estos necesariamente deben suponer la atención de los grandes problemas hasta ahora desatendidos en el país y, en especial el agrario, para terminar con la miseria campesina, el latifundismo y el minifundio, la baja productividad del agro y la absurda y fraticida oposición campo-ciudad.

TRES DOCUMENTOS

I. EL PAPEL DE LOS SINDICATOS EN EL AFRICA NEGRA.

Para situar bien el papel del movimiento sindical en los países en desarrollo, es preciso ante todo definir su misión normal y permanente. Esta puede, a mi juicio, resumirse así: rehabilitar y salvaguardar la personalidad humana y la dignidad del trabajador; y afirmar y defender, en consecuencia, su derecho a una distribución equitativa del producto de las actividades económicas de un país.

Esta misión, valedera para el movimiento sindical de cualquier país, asume en Africa una importancia mucho mayor y, su puesta en práctica, confiere a la lucha sindical toda la mística de una lucha de liberación. Porque si en Europa el trabajador no padece más que una alienación, la sujeción económica, en Africa, padece antes que nada una alienación política, la de todo el pueblo africano, que acentúa y hace más atroz la alienación económica.

Para ilustrar mi pensamiento, podría mencionar —a título de ejemplo entre tantos otros— que el régimen envilecedor del trabajo forzado no ha sido aplicado solamente contra los obreros, sino contra el conjunto de la población africana; la discriminación racial es una actitud política, dirigida contra el trabajador, no en cuanto tal, sino porque es africano; es esa actitud la que determina en cada caso la injusticia social que sufren los trabajadores, y la que explica la oposición que se ha hecho a su acceso a tareas y cargos de responsabilidad,

tanto en las empresas públicas como en las privadas.

He aquí por qué la lucha sindical en Africa ha sido, naturalmente, una lucha anticolonialista y lo seguirá siendo dondequiera subsista el régimen colonial. ¿Significará esto que la misión del movimiento sindical estará definitivamente cumplida el día en que los países coloniales hayan alcanzado su independencia total, por la transferencia a los africanos de todos los poderes políticos, administrativos y económicos? Ya hemos dicho que la misión del sindicalismo consiste ante todo, en defender la personalidad del trabajador, su libertad, su dignidad, sus prerrogativas y sus intereses económicos, sociales y morales. Se trata, en suma, de defender al hombre en una sociedad donde todas las actividades productoras ejercidas por él, deben llevar ante todo a satisfacer sus necesidades y asegurar su desarrollo.

Así comprendida, la misión de los sindicatos se inscribe perfectamente en el cuadro de un país independiente o recién llegado a la independencia. Sostener lo contrario, sería afirmar la inutilidad del sindicalismo en los países que son independientes desde hace siglos y negar que el problema humano persiste en ellos. Pero aquí debe hacerse un distinguo. En los países europeos se instaló la industria y se organizó la economía sin que existiera un movimiento sindical y ello explica que, surgiendo en un siste-



ma ya montado, en el que los derechos y los intereses de los trabajadores eran desconocidos, el movimiento sindical europeo se aplicara a destruir, de cualquier manera, un edificio mal construido. De allí su carácter revolucionario y sus actitudes violentas.

En Africa, en cambio, prácticamente, no existe organización económica; el sistema colonial no ha concebido ni mantenido otra cosa que una economía de tratantes. A medida que van llegando a la independencia, los nuevos países africanos deben, pues, edificar su propia economía. Y en esta obra debe intervenir el movimiento sindical. Nutrido de la experiencia de los países europeos, en que se ha inspirado para organizarse, informado de las aspiraciones y de los progresos de las clases trabajadoras de otros países, advertido de los imperativos nacionales, convencido sobre todo de que sólo una elevada potencialidad productiva puede asegurar y garantizar un elevado nivel de vida a los trabajadores y al pueblo en general, el movimiento sindical debe aportar su colaboración a los responsables de la vida política, administrativa y económica, para la elabora-

ción y aplicación de los planes de desarrollo económico y social. El movimiento obrero puede aportar esa colaboración interviniendo directamente en las instituciones adecuadas; y los gobernantes deben facilitar la posibilidad de esa participación. También puede concretarse ese aporte por medio de la educación de los trabajadores en la necesidad de aumentar la productividad, a lo que deben corresponder condiciones humanas de trabajo y remuneraciones y beneficios sociales que estén en función no sólo de las necesidades de los trabajadores, sino también del rendimiento general de todas las actividades económicas.

El ejercicio de este papel postula, ante todo, la reconversión del movimiento sindical africano. Este debe, en efecto, abandonar, en cuanto a la concepción de su acción, una tradición legada por el sindicalismo europeo que lo inspiró en la época en que se trataba de luchar contra el régimen colonial; y también modificar las características que le dejó esa lucha.

Sobre el sentido de esa reconversión, las opiniones están divididas en los países africanos. Algunos

quieren que eso afecte a las estructuras mismas del movimiento sindical y exigen su integración en el conjunto más vasto del partido gobernante de cada país, para que su acción sea orientada, determinada y dirigida por esos partidos. Otros, — y yo entre ellos—, creen que la reconversión no debe afectar más que a los métodos de acción; y que el movimiento sindical debe mantenerse independiente de los partidos y los gobiernos.

DAVID SOUMAH, ('El papel y el status de los sindica-

tos en los países autónomos", en "Afrique Nouvelle", del 10 de abril de 1959).

Nota: La polémica relativa al papel social de los sindicatos, es muy viva en el Africa negra. Publicamos el texto precedente por ser un exponente bastante preciso de dicha polémica y de la manera de pensar de los dirigentes obreros. Con todo, David Soumah es uno de los raros partidarios de la independencia sindical. En la actualidad preside la CATC (Confédération Africaine des Travailleurs Chrétiens).

II. EL ACERO NORTEAMERICANO.

Detrás de la huelga del acero en los Estados Unidos, que afecta a medio millón de trabajadores: en la siderurgia los salarios han sido multiplicados por 2,7 desde la guerra, pero por efecto de la mecanización los gastos de mano de obra por tonelada de acero, han aumentado en sólo un 30 %; ese aumento lo mismo sirvió de pretexto para multiplicar por 3 el precio del acero, el cual aumentó 4 veces más rápido que el índice del costo de la vida; en menos de 5 años (desde 1954), la ganancia por tonelada de acero pasó de 9,14 a 19,31 dólares y el valor de las acciones aumentó en un 1.000 % en 10 años.

Todo lo que antecede (contenido en un informe oficial del senador Kefauver, presidente de la comisión parlamentaria de lucha contra los monopolios), no impide que los industriales siderúrgicos (que gana-

ron en 1958, 877 millones de dólares, 301 millones de los cuales corresponden sólo a la U.S. Steel, trabajando al 60 % de su capacidad normal), acusen al sindicato de ser el principal causante de la inflación y los altos precios por sus "exorbitantes" reivindicaciones. Lo más probable es que la huelga termine con el aumento de los salarios (10 cents. por hora) y de los precios (4 dólares por tonelada), a expensas del resto de los consumidores.

Cabe recordar que la siderurgia norteamericana ha trabajado al 93 por ciento de su capacidad, desde principios de 1959, en previsión de la huelga, ganando en 3 meses más de 400 millones de dólares y acumulando existencias para un lapso de 90 días.

III. LOS SINDICATOS SIRIOS Y LA LEY.

La unificación de la legislación social en las dos provincias de la República Árabe Unida (Egipto y Siria), se concretó en 1959, en el Código Unificado de Trabajo (ley número 91). La ley egipcia es la que ha prevalecido en él.

Dicho Código dedica el "título IV" a los "sindicatos obreros" y tiene 27 artículos. La redacción bastante confusa del texto no permite comprender si la ley hace obligatoria la organización sindical, pero el contexto parece indicar que no.

En lo concerniente al derecho de huelga, el artículo 209 estipula que la huelga y la interrupción del trabajo, en forma parcial o total, están prohibidas. Que el arbitraje es obligatorio para todos los conflictos. Y que las infracciones serán castigadas con una prisión de tres meses a un año (artículo 233).

Esta prohibición constituye un retroceso con relación al antiguo código sirio de trabajo, que otorgaba a los sindicatos un derecho limitado a la huelga.

En los artículos referentes a la disolución de los sindicatos, se expresa que dicha medida puede resultar de una decisión de la asamblea general (artículo 179) o de una sentencia de la Corte de primera instancia (artículo 181). En ambos casos, los bienes del sindicato

sancionado serán obligatoriamente entregados al Ministerio de Asuntos Sociales y Trabajo (artículo 180).

La disolución de un sindicato por vía judicial puede disponerse en los siguientes casos: infracción a las disposiciones del Título IV del Código de Trabajo, y después de una intimación por escrito; incitación al derrocamiento del régimen político o propaganda en favor de cualquier sistema dirigido a modificar los principios constitucionales; interrupción del trabajo en los servicios públicos o en los trabajos de necesidad pública; uso de la fuerza contra el derecho al trabajo de otros o contra el derecho patronal a contratar y licenciar asalariados.

Señalemos que a pesar de todo el movimiento sindical sigue siendo posible en Siria. En 1959 existen, de acuerdo con cifras oficiales, 305 sindicatos obreros, mientras que los patronales ascendían a 338. Pero además de la falta de tradición sindical, las rivalidades políticas y la tutela de los sindicatos por los grupos partidarios, es preciso indicar que la razón más importante de la debilidad sindical siria está en el hecho de que sólo un 30 % de la mano de obra trabaja en la gran industria, y que prácticamente no hay organización sindical en la agricultura, el artesanado, el comercio, y las industrias pequeñas.

Sindicalismo revolucionario y partidos políticos

por **Rudolf Rocker**

El 10 de setiembre pasado se cumplió el primer aniversario de la muerte de Rudolf Rocker. Además de sus libros, que se han difundido ampliamente, Rocker escribió innumerables manifiestos y declaraciones relacionados sobre todo con su militancia sindical en la FAUD (Freie Arbeiter Union Deutschlands). El texto que aquí reproducimos es uno de ellos. La FAUD había aprobado en su 12.º congreso, realizado en Berlín el 27-30 de diciembre de 1919, una declaración de principios. Como complemento de la misma, el 13.º congreso, que sesionó en Düsseldorf al año siguiente, adoptó una resolución que la fundamentaba y la precisaba en algunos aspectos particulares, como la posición de los sindicalistas frente a los partidos políticos y a la conquista del poder estatal. El texto que sigue es parte de esa declaración complementaria.

El sindicalismo revolucionario es la encarnación de aquella tendencia del moderno movimiento obrero que aspira a una agrupación económica de todos los obreros manuales e intelectuales para libertarlos, por la vía de las acciones directas y revolucionarias, del yugo del capitalismo y de las instituciones coactivas del Estado, preparándolos para la reorganización de la sociedad sobre la base del socialismo libertario o anarquista. En oposición a los modernos partidos obreros socialistas de los diversos países, los sindicalistas no se proponen agrupar a los trabajadores en determinado partido político. Sus aspiraciones se dirigen más bien a reunir a los obreros en base a su condición de productores y en hacerles ver más y más que toda la existencia del orden social depende de su actividad.

Por estas razones los sindicalistas no se dirigen a las diversas corrientes y fracciones políticas del proletariado, sino a los trabajadores como creadores de los valores sociales, al minero, al mecánico, al ferroviario, al marino, al obrero del campo, al técnico, al químico, etc., en una palabra, a todos los elementos productivos cuya actividad creadora rejuvenece y mantiene cada día la vida social.

Es, pues, la asociación económica de los trabajadores la que los sindicalistas tienen continuamente presente, y en la cual ven la condición básica esencial para la emancipación de las clases proletarias; para ellos la política de los llamados partidos obreros, es un elemento de descomposición en el movimiento sindical y obstaculiza el camino de la liberación definitiva de los trabajadores.

Para los sindicalistas, el sentido de la organización no es un inanimado concepto mecánico, sino un fenómeno condicionado por las conexiones internas de la vida social, un hecho orgánico y siempre en acción, que tiene su origen en las necesidades incontables y diversas de los hombres. En este sentido, la organización no es nunca un objetivo y un fin, sino siempre un medio.

La misión de la organización no puede ser cumplida más que si las necesidades, los intereses y las manifestaciones de la voluntad de las masas están sólidamente fijados y orgánicamente ligados a ella. Sólo considerado desde este punto de vista recibe un verdadero sentido y significación el problema tan debatido hoy de la organización unitaria. En oposición a los partidos políticos, los sindicalistas ven en la

organización económica la base verdadera y natural de la unidad proletaria. Partido es siempre fragmento de un todo que quiere imponer desde afuera, consciente o inconscientemente, sus objetivos particulares al todo. La unidad interna del pueblo trabajador no significa, pues, un amontonamiento arbitrario y puramente mecánico de elementos divergentes, bajo la coacción de una muerta disciplina; debe, más bien, corresponder a las necesidades generales de los intereses y aspiraciones sociales de las masas y encontrar en ellas su base natural. Para esto no es lo decisivo una organización, sino la comunidad de intereses y aspiraciones. Sólo en la organización económica del proletariado, es posible tal unidad, porque aquí los trabajadores están ligados directamente a su obra y son personalmente defensores, combatientes y portadores de sus intereses, mientras que en la política siempre son figuras externas para la codicia de los partidos e instrumentos para determinados intereses particulares, que les son presentados falsamente como propios.

El sindicalismo revolucionario es un movimiento de clase y está siempre como tal en el terreno de la lucha revolucionaria de clases y de la acción directa. Su misión es doble: por una parte aspira a mejorar todo lo posible la situación de los trabajadores dentro del orden social capitalista y a defender el trabajo contra los ataques de los explotadores y del Estado, mediante la aplicación de medios de lucha revolucionarios, como la huelga, el boicot, el sabotaje, etc. Por otra parte, considera como su misión más elevada, el abrir la ruta a un nuevo orden social en el que la administración de toda la vida económica y social descansa en manos del pueblo trabajador. Es esta misión la que imprime su sello especial y su significación histórica

al sindicalismo revolucionario. Pues sólo en la organización económica de los trabajadores, inspirada por el espíritu revolucionario, puede prepararse la reorganización de la sociedad y adoptar ésta en un momento dado, una conformación sólida.

Esa organización es simultáneamente comunidad de intereses y de ideas y rechaza, fundamentalmente, ese dualismo en el movimiento obrero que aspira a revestir los anhelos espirituales de los trabajadores y la defensa de sus intereses económicos y sociales en formas especiales de organización.

En lo que concierne a las luchas cotidianas que tienen lugar constantemente entre el capital y el trabajo, es claro que sólo pueden ser realizadas por las organizaciones económicas del proletariado y no por los partidos políticos. La significación social de esas luchas, condicionadas por el sistema económico capitalista, no puede pasarse por alto, como ocurre frecuentemente por parte de los trabajadores de tendencias políticas partidistas. Es una concepción completamente errónea la que sostiene que las llamadas luchas económicas no llenan en el fondo su misión, pues se quita siempre a los trabajadores, por el aumento de los precios, lo que obtienen del capitalismo como productores.

Si es verdad que el proletariado moderno, como asalariado, no puede nunca ganar bastante para salir de su situación social, no es menos verdad que el término medio del sostenimiento de la vida proletaria, puede ser muy diverso. Existe una gran diferencia entre la situación general del proletariado de la primera época del capitalismo y la situación del proletariado actual. Los trabajadores de aquellos tiempos estaban 14 y 16 horas diarias en sus tareas y apenas ganaban lo necesario para poder vivir una existencia miserable, los trabajadores actuales

tienen otras necesidades que no se conocieron antes y presentan, por consiguiente, más exigencias a la vida. Y sólo a su organización económica tienen que agradecer el que hayan podido elevar su nivel general de vida tras continuas luchas.

Toda posición conquistada tuvo y tiene que ser defendida constantemente contra los ataques simulados y abiertos del capitalismo, que procura siempre rebajar el nivel de vida de los proletarios al más profundo grado. Un ejemplo viviente de ello nos lo ofrece la actual situación desesperada del proletariado alemán, (1) muy por debajo de las condiciones de antes de la guerra. Mientras que el capitalismo industrial y agrario no retrocedió ante ningún escrúpulo y aprovechó la ocasión para obtener durante y después de la guerra enormes beneficios a costa del pueblo alemán, la ideología socialdemócrata desvió al proletariado hacia la loca ilusión de que se debía evitar todo lo posible, en vista de la guerra perdida, todo mejoramiento de la vida de los trabajadores, a fin de no poner en peligro el saneamiento económico del país. La consecuencia fue que, casi sin lucha, se abandonó todas las posiciones al capitalismo y se degradó al obrero alemán al status de un colichino.

Pero las continuas luchas por la conquista del pan cotidiano y el mejoramiento de la situación general de la vida, tienen además otra significación que les presta un alto valor ético. Son la mejor escuela educativa de los trabajadores para el empleo y la profundización práctica de sus sentimientos sociales y de sus iniciativas personales en los cuadros de la ayuda mutua y de la cooperación solidaria. Así se convierte al sindicato en lugar de educación para el desarrollo continuo de las capacidades intelectuales y morales del proletariado y en campo

de acción para el desarrollo de sus mejores cualidades individuales y sociales. La organización económica de lucha se transforma para él, de ese modo, en palanca de sus luchas constantes contra los poderes de la explotación y de la opresión, y, al mismo tiempo, en el puente para llegar desde el sistema estatal capitalista al socialismo y la libertad.

Pues también para la reorganización de la sociedad en el sentido del socialismo, es la organización económica de lucha la única base dada, mientras que el partido tiene que demostrarse, justamente en este dominio, completamente falto de significación e incapaz. Los violentos acontecimientos que tuvieron lugar en el curso de los últimos años, en Rusia y en la Europa central, testimonian elocuentemente que los partidos políticos, dominados por las viejas tradiciones de las revoluciones burguesas, pueden así conquistar el poder, pero carecen de toda posibilidad en la reorganización social y económica de la sociedad. Los movimientos sociales y las reconstrucciones de la sociedad, no son hechos por decretos de Estado y prescripciones legales desde arriba; se desarrollan más bien en el seno mismo de las masas, de la libre acción de las fuerzas creadoras del pueblo, obstaculizadas en su desenvolvimiento natural y, poco a poco, totalmente sofocadas por la labor inanimada y la muerta mecanización de la rutina gubernamental, por revolucionaria que se nombre.

Justamente Rusia nos ha dado en este concepto un ejemplo oportuno, cuyas funestas consecuencias para el proletariado internacional no pueden ser abarcadas hoy en sus detalles. En tanto que la llamada dictadura de un determinado partido destruyó violentamente todos los órganos naturales de la reconstrucción social, como sucedió con la gran

red de cooperativas o los transformó, como ocurrió con los sindicatos y los soviets en simples instituciones del nuevo Estado, obstaculizó artificialmente todas las condiciones previas para la realización del socialismo y hoy se ve forzada más y más a volver al camino de la economía capitalista. La dictadura pudo desarrollar un sistema de opresión política que supera con mucho al despotismo del régimen zarista, pero que se reveló completamente inaplicable y fracasó en absoluto cuando se trató de realizar una transformación creadora de la economía.

Contra la política de Estado y de los partidos, el sindicalismo revolucionario opone la política económica del trabajo organizado; contra la acción destructiva de los políticos profesionales, la actividad constructiva de administración de las organizaciones económicas. En este sentido hay que dirigir desde ya la educación socialista de las masas. No se trata de suministrar a los trabajadores los medios y los caminos que se consideran convenientes y necesarios para llevar al poder a un determinado partido político, sino de enseñarles cómo se administran los talleres, cómo se reorganiza la producción de acuerdo con nuevos puntos de vista, y cómo se suprimen las divergencias existentes entre la industria y la agricultura. En una palabra: no se trata de la conquista del poder político para los trabajadores, sino la conquista de las fábricas y de la tierra.

Los sindicalistas revolucionarios son de opinión de que toda nueva forma de economía implica también una nueva forma de organización política, y que sólo dentro de esa nueva forma política puede desenvolverse y realizarse la vida social. El sistema de las gildas de la Edad Media halló su expresión política en la ciudad libre; el feudalismo y el sistema de la dependencia, en el

reinado absoluto; y la forma económica del capitalismo, en el moderno Estado representativo. Por tanto, es claro que también el orden económico socialista debe desarrollar y elaborar su forma política especial de organización, si no quiere condenarse, desde el principio, a la infecundidad. Pero esta nueva forma de la organización política del futuro no puede ni ser tomada del pasado ni limitada arbitrariamente del presente. Debe tener su apoyo y su fundamentación natural en el resultado inmediato de la nueva división de toda la vida económica. Junto con el sistema del monopolio económico y de la explotación de las masas, debe desaparecer también el sistema de la tutela y de la dominación política condicionado por el primero, o — para hablar con Saint-Simon — el arte de gobernar a los hombres debe ser suplantado por el arte de administrar las cosas.

El orden económico socialista, en que toda la administración de la producción y de la distribución social está en manos del pueblo laborioso, no puede realizarse nunca en los estrechos límites de un aparato político de violencia; más bien debe tener su complemento político natural en las fábricas mismas, en las diversas ramas de los oficios industriales y agrícolas, y su expresión más acabada es el sistema de los consejos. Pero, sin embargo, todo poder externo sobre los consejos, y toda la dominación y tutela de los mismos por los partidos políticos o por determinados grupos de políticos socialistas profesionales, debe ser excluida de antemano, si la reorganización social no quiere verse perturbada en los primeros pasos o si no quiere caer en extravíos estatistas-capitalistas.

La afirmación de los políticos socialistas de las más diversas escue-

las y tendencias, según la cual la conquista y la conservación de la máquina estatal es indispensable cuando menos para el período de la "transición", se basa por completo en suposiciones falsas y en pensamientos puramente burgueses. La historia no conoce en este sentido ningún "período de transición", sino simplemente formas más primitivas y más elevadas de la evolución social. Todo nuevo orden social es, en su formas de expresión originaria, primitivo e incompleto. Pero, no obstante eso, todos los órganos de su futura evolución deben estar ya en cada una de sus nuevas instituciones, con todas sus posibilidades de desenvolvimiento ulterior, lo mismo que en un embrión existe ya todo el animal o toda la planta.

Los ensayos para formar un nuevo orden de cosas con partes integrantes esenciales de un sistema viejo y anacrónico, hasta ahora llevó siempre a los mismos resultados: o bien tales ensayos se estrellaron desde el comienzo por el nuevo curso de los fenómenos sociales, o bien los seductores gérmenes de lo nuevo fueron tan fuertemente constreñidos por las rígidas formas del pasado y detenidos en su desenvolvimiento natural que su capacidad interna languideció paulatinamente y tuvieron que sucumbir.

Los propulsores del sindicalismo revolucionario rechazan, por tanto, fundamentalmente el punto de vista de los diversos partidos socialistas, según el cual en períodos de transformaciones sociales debe conservarse todo el aparato estatal, con sus funestas y mecánicas funciones, para la defensa de la revolución. Ven más bien en todo intento de esa naturaleza el mayor peligro para la victoria definitiva y el éxito

de la revolución, y la base ineludible para el nacimiento de un nuevo sistema de opresión. Los sindicalistas revolucionarios opinan que, junto con el monopolio de la propiedad, debe desaparecer también el monopolio del poder. Por ese motivo no aspiran de ningún modo a la conquista del Estado, sino a su completa extirpación en todos los dominios de la convivencia humana, y consideran eso como una de las condiciones esenciales de la realización del socialismo. El sindicalismo revolucionario es, por consiguiente, de acuerdo con su esencia, antiestatista y adversario declarado de toda institución de dominio, bajo cualquier máscara que se oculte.

Por esa razón combaten los sindicalistas revolucionarios también la ilusión de la llamada "dictadura del proletariado", que hoy seduce a vastos círculos de la clase obrera. Ven en esas aspiraciones un nuevo peligro para la liberación de la clase obrera, pues en último resultado, como nos demostró el ejemplo ruso, tiene que conducir a una dictadura de determinados partidos **sobre** el proletariado. El pensamiento dictatorial no sólo es una herencia de las viejas concepciones puramente burguesas del jacobinismo, sino también el peor enemigo de todo desenvolvimiento revolucionario, pues intenta comprimir los anhelos creadores de las masas en rígidas formas de un canon muerto y de ese modo las sofoca en germen. Eso hemos podido observarlo perfectamente en Rusia; allí la dictadura del partido comunista no ha fomentado de ninguna manera la revolución, sino que la paralizó y literalmente le dió muerte. Por esa razón la dictadura fué hasta aquí el ideal de todos los reaccionarios, y en manos de los revolucionarios también será siempre un medio para allanar el camino a una nueva reacción.

(1) Recordamos que esto fue escrito después de la guerra de 1914-18.

Rebelión y poesía

Así, el vanguardismo no es más que la viviente tradición. En la actualidad, muchos artistas se rehusan, y con motivo, a calificarse con esta palabra. Ella debe perder, por lo menos, su sentido peyorativo: el arte o la poesía de vanguardia son simplemente el arte o la poesía como tales, frente a la cultura de masas. No obstante los excesos de los primeros tiempos —excesos necesarios y justificadísimos— al arte y a la poesía de vanguardia pertenece hoy la herencia legítima de la cultura occidental. La ruptura de moldes supone la permanencia en la tradición, ya que no se puede renovar en el aire, quebrantar normas que no se conocen o no se han experimentado como insuficientes. Si bien el arte y la poesía contemporáneos ofrecen en apariencia puertas abiertas y cartas libres a cuantos advenedizos quieran usufructuar de su peculiar situación, rigen en él categorías y requerimientos que atañen al artista de todos los tiempos. La ignorancia, la improvisación, la falta de sinceridad, la torpeza, nada tienen que hacer allí. El arte y la poesía contemporáneos significan antes que nada conciencia de una situación y también una afirmación en la vida, pero sin dejar de lado lo que ésta tiene de contradictorio y aún de trágico. Todo esto es fatal, irreversible, y supone una lógica interna que a veces no coincide incluso con los deseos personales, las buenas intenciones y aún las ideas políticas del artista. Se trata aquí de escuchar la voz del espíritu y no la del ministerio de propaganda y cultura.

Raúl Gustavo Aguirre (párrafo de su conferencia "Los poetas en nuestro tiempo", pronunciada en la Primera reunión de arte contemporáneo, Santa Fé, 1957).

"La obsesión por la cosecha y la indiferencia ante la historia, escribe admirablemente René Char, son las dos extremidades de mi arco". Si el tiempo de la historia no está hecho con el tiempo de la cosecha, la historia no es, en efecto, más que una sombra fugaz y cruel de la que el hombre no forma parte. Quién se da a esta historia, no se entregará a nada y, a su vez, no es nada.

Pero quién se entrega al tiempo en que vive, a la casa que defiende, a la dignidad de los vivos, ése se da a la tierra y recibe su cosecha, que siembra y alimenta de nuevo. Para acabar, hacen avanzar la historia aquellos que saben rebelarse también contra ella, en el momento preciso. Eso supone una tensión continua y la serenidad crispada de que habla el mismo poeta. Pero la verdadera vida está presente en el corazón de ese desgarramiento. Es ese desgarramiento mismo, el espíritu que se cierne sobre volcanes de luz, la locura de la equidad, la intransigencia

extremante de la medida. Lo que tiene resonancia para nosotros, en los confines de esa gran aventura de rebelión, no son fórmulas de optimismo, que no tenemos por qué hacer en la extremidad de nuestra desdicha, sino palabras de coraje e inteligencia, que, junto al mar, son incluso virtud.

Ninguna sabiduría puede pretender dar hoy más. La rebelión empuja incansablemente contra el mal, a partir del cual, no le queda más que hacer un nuevo esfuerzo. El hombre puede dominar en él todo lo que debe ser dominado. Debe reparar, en la creación, todo lo que puede ser reparado. Pero los niños morirán siempre injustamente, en la sociedad perfecta. En su mayor esfuerzo, el hombre solo puede proponerse disminuir aritméticamente el valor del mundo. Pero la injusticia y el sufrimiento continuarán, y, por limitados que estén, no dejarán de ser el escándalo. El "¿por qué?" de Dmitri Karamazov, continuará resonando; el arte y la rebelión sólo morirán con el último hombre.

Albert Camus (L'Homme révolté, Gallimard, París, 1951).

Ante sí

Las batidas a través de las fábricas dudosas, en búsqueda de molliendas, quimeras desarmadas, signos errantes de inteligencia naufragados al borde de los ojos, falanges imperceptibles. Fuentes, en la permeabilidad de vuestras arenas, una clara desesperación ha escondido sus huevos.

La rabia ha cavado tu vientre núbil, cloroformado tu corazón, desnaturalizado tus sueños. El calambre ha educado tus manos contradictorias. De esa manera fueron dragados los cálculos en los pantanos, halagados los pudrideros con enceguecedoras deflagraciones. Oh! sórdido indecible! Sueño de alienado conmutado en realidad obrera... Enseguida, inciertas y enormes mujeres blancas atraídas por los votos se lanzaron de las almenas, hendieron el mar —¡el mar fijo de los templarios!—, saludaron.

Una sociedad bien vestida siente horror por la llama. La canasta de tus bodas, extraída del columbario, fue arrojada a la fosa común. Pacificada la amargura.

Descuartizador, tu descendencia se ha extinguido. A pesar de tus contradicciones, la lenta retirada andrajosa se desvanece, aclamando al pasar la caída del Podador. El catafalco habitual se levanta bajo la bóveda de la beneficencia.

Amor reducido a mi voluntad, ¿qué dirás de un castillo ultravioleta en lo alto de una ciudad devastada por el tifus? Eso es digno de visitarse.

René Char (Abundancia vendrá, 1933). Versión castellana de R. G. A. Tomado de "Poesía Buenos Aires", 1953.

En una de sus conferencias sobre Shakespeare, Coleridge definió el principio de la poesía con las siguientes palabras: "Ninguna obra de verdadero genio se da fuera de su forma apropiada, y no hay ningún peligro de que así ocurra. No es necesario, ni posible que el genio se coloque fuera de toda ley, ya que, justamente, lo que constituye el genio es el poder de actuar creadoramente bajo leyes de su propia elaboración".

Por poesía moderna entiendo toda genuina poesía desde los días de Coleridge a los nuestros y, en realidad, toda genuina poesía de todo tiempo. Pero debido a que la gente no tiene una definición clara de la poesía, y a menudo diferentes tipos de actividad han usurpado el título de poesía, este principio ha resultado oscurecido. Y de este modo cada poeta que propugna este principio —desde Wordsworth hasta Hopkins y Eliot— toma las trazas de un rebelde, y lo que es la afirmación de una ley de disciplina parece una declaración de independencia.

Herbert Read (Forma y poesía moderna, edit. Nueva visión, Buenos Aires).

El viajero que remonta una montaña en dirección a una estrella, si se deja absorber demasiado por los problemas de la escalada, corre el riesgo de olvidar por qué estrella se guía. Si no obra más que por obrar, no irá a ninguna parte. La sillera de catedral, al preocuparse demasiado ávidamente de la colocación de sus sillas, corre el riesgo de olvidar que sirve a un Dios. Así, al encerrarme en cualquier pasión partidista, corro el riesgo de olvidar que una política no tiene sentido más que a condición de estar al servicio de una evidencia espiritual. Hemos gustado, a las horas del milagro, de una cierta calidad de las relaciones humanas; esa es para nosotros la verdad.

Cualquiera que sea la urgencia de la acción, nos está prohibido olvidar la vocación que debe dirigirla, a falta de lo cual esa vocación será estéril. Queremos fundar el respeto al hombre. ¿Porqué vamos a odiarnos en el interior de un mismo campo? Ninguno de nosotros detenta el monopolio de la pureza de intención. Puedo combatir, en nombre de mi camino, tal camino que otro ha escogido. Puedo criticar los pasos de su razón. Los pasos de su razón son inciertos. Pero debo respetar a este hombre, en el plano del Espíritu, si peregrina hacia la misma estrella.

¡Respeto al hombre! Respeto al hombre! Si el respeto al hombre está fundado en el corazón de los hombres, los hombres acabarán por fundar en cambio el sistema social, político, económico, que consagrará ese respeto. Una civilización se funda, en primer lugar, en la sustancia. Es, en primer lugar en el hombre, deseo ciego de un cierto calor. El hombre, después, de error en error, encuentra el camino que conduce al fuego.

Antoine de Saint Exupery (Lettre à un otage, Gallimard, Paris, 1945)

Ediciones "Reconstruir"

GEORGE Fr. NICOLAY,
UN SABIO Y UN HOMBRE
DEL PORVENIR, por Eugen
Relais. Agotado.

EL NUEVO ISRAEL, por
Agustin Souchy, 160 páginas.

EL OTRO ROSAS, por Luis
Franco, 340 págs. mSn. 65.

PASION DE JUSTICIA, por
Iris T. Pavón, 128 páginas.

Precio del ejemplar: m\$ 10.

Colección "Radar"

1. LA VOLUNTAD DE PODER COMO FACTOR HISTORICO, por Rudolf Rocker. (Agotado).
2. REIVINDICACION DE LA LIBERTAD, por G. Ernesti. 64 pág. mSn. 5.
3. NI VICTIMAS NI VERDUGOS, por Albert Camus. (Agotado).
4. ANTES Y DESPUES DE CASEROS, por Luis Franco. (Agotado).
5. ORIGEN DEL SOCIALISMO MODERNO, por Horacio E. Roqué. 64 páginas, mSn. 6 el ej.
6. EL COOPERATIVISMO PUEDE EVITAR LA GUERRA, por J. P. Warbasse. 64 pág. mSn. 6.
7. CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO LIBERTARIO, por Agustin Souchy. 64 páginas, mSn. 6 el ej.
8. ARTE, POESIA, ANARQUISMO, por Herbert Read. (Agotado).
9. ALEJANDRO KORN, FILOSOFO DE LA LIBERTAD, por Francisco Romero. 64 pág. mSn. 8.
10. BIOGRAFIA SACRA, por Luis Franco. 64 páginas, mSn. 8 el ej.
11. LA SOLUCION FEDERALISTA EN LA CRISIS HISTORICA ARGENTINA, por Juan Lazarte. 64 páginas, mSn. 8.
12. LA REVOLUCION POPULAR HUNGARA. Hechos y documentos. 100 páginas, mSn. 10.
13. ALBORES DE LIBERTAD, por Eugen Relais. 96 páginas, mSn. 25.
14. BOLCHEVIQUISMO Y ANARQUISMO, por Rudolf Rocker. (en prensa)

Haga sus pedidos a Editorial "Reconstruir", Casilla de Correo 320, Buenos Aires, o personalmente en Humberto 1.º 1039.

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

Algo más sobre "Reconstruir"	pág. 3
Jacinto Cimazo Las ideas libertarias: sus características y su vigencia.	" 4
Harvey O'Connor La tragedia del petróleo latinoamericano	" 11
S. D. Punekar El concepto gandhiano de los problemas del trabajo	" 21
Carlos M. Rama La crisis uruguaya	" 32
"Archivo": Tres documentos	" 39
"Antología": Sindicalismo revolucionario y partidos políticos	" 43
"Lo contemporáneo": Rebelión y poesía	" 48